

Raíces mayores

*El hombre es un animal
Esperanza, e
Esta grande*

*Cuentos, historias
y experiencias*



Santa Fe
Provincia

Ministerio
de Cultura

Ministerio
de Desarrollo Social

Raíces mayores

*Cuentos, historias
y experiencias*

Santa Fe
Provincia

Ministerio
de Cultura

Ministerio
de Desarrollo Social

Autoridades provinciales

Gobernador

CPN Omar Perotti

Ministro de Desarrollo Social

Farm. Danilo Capitani

Ministro de Cultura

Jorge Llonch

Edición textual

Dirección Provincial
de Personas Mayores

Dirección Provincial
de Programas Socioculturales

Índice

- 7 Prólogo

- 9 **Historias Nuestras**
- 10 La Calavera | Lucia Ana Morra
- 16 Rebeldía | Erminia Butarelli
- 20 El pueblo despierta | Roberto Dardo Alfredo Lopez
- 25 El hombre del fuego | Lilian Amestoy
- 27 Un ramo de dalias | Carlos Ferreyra
- 28 Los bailes de aquellos tiempos | Hermes Beutel
- 30 Aquella Navidad | Sonia Sager
- 32 De Rituales y otras yerbas | Maria Ester Fernandez
- 37 Hoy me pusieron la vacuna contra el coronavirus |
Maria Ester Fernandez
- 42 La leyenda de las siete cruces | Carlos Alberto Druetta
- 48 La Maldición del arroyo Rey | Victor Juan Braidot
- 50 El sacrificio de un hermano | Victor Juan Braidot
- 53 El mendigo | Maria Elena Gerboni
- 56 Sentenciada en los 90 | Luis Negri
- 60 Non rompere le uova | Luis Negri
- 63 Amanecer | Gladys Sisterna
- 64 Y se empaco nomas | Elida Ilda Wingeyer
- 66 Cuando pasaba el tren | Alba Marjorie
- 68 25 de mayo es mi calle | Marta Elena Valarolo
- 70 El convento | Graciela Ribles
- 73 Una experiencia personal | Ester Maria Mangini
- 75 La historia de un chico que hoy tiene 95 años |
Eligio Ghiberto

- 81 **Breve cronología de hechos que marcaron la vida de San Javier** | Eugenio Jose Musacchio
- 84 **Personajes de nuestra comunidad** |
Eugenio Jose Musacchio
- 87 **El último bandolero** | Pablo Alberto Nunez
- 89 **Es para ellos** | Vicente Perez
- 92 **Viajando en recuerdos** | Olga Farias
- 95 **Soy Pedro, pero no Picapiedras** | Susana Ballaris
- 101 **Frío en septiembre** | Federico Salvador Torres
- 102 **Mujeres Rurales: Cuando llegaban las langostas** |
Placida Tonus /Celina Molinero / Doris Saccone
- 104 **Aquí me pongo a contar** | Ramon Antonio Fleitas
- 106 **Un largo viaje** | Mildred Aurora Bacca
- 108 **Fervores contradictorios** | María Rosa Pividori
- 112 **Los bretes del paso a nivel** | Elvia Del Carmen Fantini
- 114 **La del espejo** | Gladys Benz
- 115 **Recetas Genealógicas**
- 116 **Los fideitos de la abuela** | Norma Cristina Peirano
- 118 **Las masitas de amoniaco de Pocha** | Placida Tonus
- 119 **Torta de frutas nueces y pasas de uva** |
María Antonia Biancotti
- 121 **Estofado** | Maria Elena Spazio

PRÓLOGO

*“...Como una canción de cuna, que en sus melodías,
nos traslada a tiempos serenos de nubes y estrellas,
Como un guiso caldudo, donde se puede mojar el pan
y chuparse los dedos,
Como el cuento de cada noche o como el cuento de la siesta
bajo el sauce, que nos lleva a una ficción encantadora,
Como la bufanda que nos tejió la abuela, con rayas rojas
y blancas, que usamos a cansarnos,
Como el mate lavado con mucha azúcar que tomábamos
con la vecina, a escondidas, mientras nos contaba cómo se llamaban
los pajaritos que escuchábamos y del viejo almacén del pueblo
y sus personajes,
Como los juegos inventados en la vereda, el elástico y la rayuela,
Como el baldío donde encontramos azulejos de colores rotos,
e hicimos un collage sobre la tierra,
Como el olor a malvón en el patio de la casa grande,
Como el dibujo que hicimos de nuestra familia,
Como todas las historias que viajaron de boca en boca ... “*

Raíces mayores

Perder uno de esos recuerdos, es perder lo más preciado que tenemos, y aunque muchas veces aparezcan guardados en el baúl y nunca se abran, mantienen la esperanza de que algún día, alguien decida tomarlos y recordarles que son vitales para la construcción de nuestra memoria y que forman parte de nuestra identidad.

La dimensión subjetiva, el relato, la experiencia no puede aislarse de la cultura y la vida social, ya que el construir es colectivo. Habitar el mundo, desde una perspectiva de derechos humanos reconoce valiosas contribuciones a la identidad cultural, a la diversidad de la comunidades, al desarrollo humano, social y económico.

Ésta convocatoria busca visibilizar otra imagen de las personas mayores en la sociedad, garantizar la dignidad y la participación activa, reconocer el disfrute de una vida plena, independiente y autónoma a medida que se envejece.

Queremos que el viento propague de una punta a la otra de la provincia un estremecedor sentir en el pecho, de ver y escuchar: Cuentos, Historias y Experiencias desde las Raíces Mayores de nuestro territorio, agradeciendo a cada santafesino y santafesina que hacen posible esta iniciativa.



*Historias
Nuestras*

La calavera

Lucia Ana Morra (72) · Rafaela

Saludo a la calavera cuando entro y cuando me voy. Ya me sale natural, para recordar el *carpe diem* y el *tempus fugit* y todo eso. Me gusta lo del saludo porque le quita solemnidad a la muerte y me despierta la mente.

La cuestión de ser o no ser, ni me la planteo, prefiero el ser sin dudar. Le hablo a la calavera con lenguaje inclusivo cuando me sale, porque cuando Livio me la dejó, no me dijo si era hombre o mujer. Poco importa en realidad, porque la muerte es igualadora aunque nadie la quiera.

Livio se fue a Bologna con una beca y distribuyó sus cosas en préstamo entre amigos. No sé por qué me dejó a mí la calavera, tal vez soy la única del grupo que no le diría que no. Le puse Katrina para ponerle un nombre. Me sirve para recordar Oaxaca en el día de los Muertos, lo que le da un plus de simpatía a los queridos ausentes. Este o esta no es querido o queridaausente, pero bueno, es ausente, y está en mi casa, se merece un nombre y un poco de cariño.

No sé de dónde la habrá sacado Livio. Él me considera amiga independiente, liberal, novia de Javier, el más seductor en tiempos del secundario, y luego esposa de Javier, lo que pasó hace más de quince años...

10 Tal vez la sacó de una morgue, de una fosa común o vaya a saber de dónde. Los estudiantes de medicina hacen cualquier barbaridad, mejor no preguntarle. Pensé si él o ella estaría casado, o tal vez se unió en un tiempo en el que no existían las fórmulas o las bellas prome-

sas que generalmente no se cumplen, como la de Javier. O habrá sido una persona de los márgenes, sin atención a códigos sociales y tal vez fue enterrada sin nombre y los futuros médicos, que no le temen a nada, la tomaron como material de estudio. Debe ser así para ellos, un material, para que no se vuelvan locos, pensando en las almas, que lo complican todo. El cuerpo es más fácil, sigue algunas leyes bastante conocidas. Es el cuerpo que ellos estudian, la máquina que debe funcionar, así o así, y lo que no funciona sacarlo, mejorarlo, suplantar, darle algún producto químico o agregarle algún accesorio para que funcione. Y después que el alma se haga cargo, por su cuenta, pero que no incluya al médico. Esto es la salvación de los cuerpos.

Así me va llevando por esos territorios la Katrina y me dan ganas de ponerme vincha de flores frescas en la cabeza, pintarme los ojos y las arrugas y comprar un ramo de cempasúchil como en Oaxaca el día de muertos.

En la mañana temprana todo parece posible. El silencio y saber que hay poca gente circulando o que muchos están durmiendo todavía, me alienta a existir ya pensar con la Katrina, hasta que me saque las pantuflas y haga pie en mi agenda. Necesito remontarme un poco.

¡Bonjour Katrina! ¡Good morning! ¡Bom dia! ¡Bongiorno Katrina!

No sé en qué idioma o dialecto habrá hablado esta Katrina. Tal vez guaraní o quechua, o español, como yo. A veces me detengo a pensar cuáles habrán sido sus gozos y sus penas. Qué tesoros, qué hallazgos habrá guardado ese cráneo, qué ignorancias habrá ocultado. Qué valentías, tal vez en algún enfrentamiento. Qué esfuerzos habrá ordenado a los músculos. ¿Cómo habrá sido su cuerpo? ¿alto? ¿bello? ¿suave? ¿robusto? Me despierta muchas preguntas. ¿Cuáles habrán sido sus momentos luminosos? ¿Cómo habrá cerrado sus párpados? ¿Cuántas veces se habrá quedado sin aliento? ¿Quién le habrá besado los ojos?

¿Le habrá venido alguna vez el sueño de ser pájaro?

¿Habrá visto morir a alguien? ¿O habrá matado? Y si lo hizo, ¿cómo lo hizo? ¿con fusil? ¿con cuchillo? ¿con revólver? ¿con veneno?

¿Se habrá alegrado de un hijo? ¿O lo habrá parido? Y ahí pensé que los hijos se paren con el cuerpo y con el alma, y que los hijos llevan mucha alma consigo después, toda el alma de madre que pudo pasar por el cordón umbilical. Pero en los huesos no queda ningún rastro de todo eso.

Antes de que la tristeza me sorprendiera de nuevo, por el amor agotado de Javier, pensé en los caminos, los itinerarios recorridos por mí y por Javier, por Livio, por la Katrina. La cuestión es que la puse en el estante más alto de la biblioteca, para no tenerla siempre en la línea de los ojos, porque un poco de meditación está bien, pero mi estado actual es vulnerable a la filosofía cruda.

Para saludarla tengo que levantar la cabeza, esto es bien físico. Sucede que con ella me pongo filosófica, como debe ser, desde Hamlety otros hasta la actualidad. La saludo, como debe ser entre seres de la misma especie y me rehúso a portar los clichés de miedo, terror, piratería y todo eso que despiertan las calaveras en muchos. Me digo a mí misma que no tengo por qué ser como la mayoría, puedo pensar diferente.

La saludo en cualquier idioma que me resuene en el día, y le digo que es mi despertador sin sonido, a cualquier hora. Me despierta a la vida, a no perder el tiempo y al final sigo con las líneas de sabiduría básica de otros tiempos, como el *tempus fugit*, de Virgilio, la vida es un soplo, la vida es una sola, vanidad, todo es vanidad, polvo eres, las de la Biblia, y tantas más que dijeron los que se asomaron a estos temas.

Veo que todas las calaveras son altivas y miran con desdén a los mortales que todavía no llegamos a esa orilla. Katrina mantiene su arrogancia natural, dando fe de un pasado muy bueno o de una genealogía de alta estirpe.

Hoy le cuento que prefiero las orillas cercanas, porque me dan la ilusión de que podría nadar en caso de naufragio, que la inmensidad me asusta, la profundidad también, y que la eternidad no me interesa. Me gusta el mar desde la playa y las piedras de La Pedrera. Pienso en las que yo colonizaría si fuera mejillón, aquéllas, las más cercanas,

oscuras y porosas, las que reciben tanta espuma, con ritmo y se adueñan del cielo, tan abierto.

A veces la Katrina me hace pensar en las personas rutilantes, las que sólo dejan ver sus méritos, pero que también habrán cometido errores. Y no me refiero a errores en las multiplicaciones y divisiones de 4° grado, tampoco a los errores en la construcción de castillos de arena, o de palitos chinos. Pienso en errores más serios.

A ella la veo así, perfecta, con el orgullo que da la muerte, del yo ya lo pasé, como si todo en su vida hubiese sido mérito. Como si los sueños no hubieran tenido importancia, como si los besos y los abrazos no se hubieran marcado en ninguna parte. Con ella pongo todo en otra dimensión, en Modo Humano Efímero, y si de este lado se rompe una copa no importa, y si no tengo el pelo bien arreglado no importa, y si se quemó la comida por una distracción tampoco importa, y así, con cada cosa, con otra perspectiva de tiempo. Me saca de lo playo cercano, como ir al súper o limpiar los vidrios, y me lleva a lo profundo lejano, como asomarme al cosmos, a los abismos, al tiempo de la vida, y por supuesto, al vértigo de amores y desamores.

Si me quedo en el sillón acariciando al gato, en comunión perfecta de seres vivos, y no hago nada más que eso, siento que la Katrina me aprueba, porque se siente incluida, ella también fue un ser vivo, aunque ahora me mire con sus órbitas vacías, seguro que contuvieron alguna vez miradas amorosas, tiernas, apasionadas. y lágrimas. Yo debo seguir existiendo, sí, como medusa, en aguas profundas, sin mochilas, abriéndose y cerrándose con cierto ritmo, respondiendo a la música del mar, al puro misterio. Acá el aire está espeso hoy y no sé si lograré asimilar todo esto que ella me provoca. y veo que no me muestra lo que captó de la vida, con qué vibró, ¿qué le cortó el aliento? ¿Un fusil? ¿Un anuncio? ¿Un abrazo? ¿Una pasión? No lo puedo ver, ni en la profundidad de sus oquedades. Debo decirle a Livio, cuando vuelva, que ella, la Katrina, no viene con instrucciones de uso, en tono de broma.

El martes, cuando estaba limpiando el estante alto, se me cayó y se quebró en mil pedazos. Lloré todo el tiempo mientras bariadientes, trozos de parietales, y frontales, y huesos de órbitas, pensando en la fragilidad, en lo precario del ser humano, ¡a ese punto! ¡morir por segunda vez! Otra gran contrariedad, la obsolescencia programada del cuerpo.

Puse los restos uno por uno en una caja de bombones vacía, color fucsia, no muy apropiado pero lo único que encontré y le saqué el moño, que todavía tenía.

Organicé una especie de velorio, una corta meditación de agradecimiento. Después fui, como si me llevara el viento, a la casa de mi abuela, que vive con una cuidadora. Llevaba la caja con los restos en una bolsa de tela.. Después de los saludos y de charlar un poco, le dije voy a juntar higos, y enterré la caja, con una palita de jardín y con gran sentimiento, consolándome con el atenuante de que no fue intencional.

Sí, yo con Livio siempre fingía, había construido mi imagen en su cabeza desde el secundario, y como nos veíamos de tanto en tanto podía sostenerla. Él había estudiado medicina en Rosario y era un perfeccionista que se lo pasaba haciendo cursos y obtenía buenas becas. Varias afinidades y algunos secretos guardábamos de tiempos de escuela secundaria.

Las preguntas profundas quedarían tapadas, y yo pondría cara de mujer desenvuelta, que resuelve todo, como él piensa que soy. Y no le daría tanta importancia a un cráneo humano que murió por segunda vez por un descuido mío.

El sábado vendría a mi casa y tendría un par de horas para comer conmigo y contarme de su experiencia en el hospital de Bologna. Antes de que llegara me senté un rato en el sillón para pensar bien lo que le diría, si con detalle o rápido, como no dándole importancia. Quiero impresionarlo bien y mantener mi imagen, falsa, en su cabeza.

14 No le contaría que Katrina me había inoculado una nueva visión del mundo, y del mundo cercano también, y que soy una mujer independiente y sola. Y después de todo, ¿a quién se le ocurre sufrir por el amor agotado de Javier?

Dudaba si decírselo enseguida o cuando él me lo recordara, si es que lo recordaba después de un año. O hacerme la desentendida, como si fuera algo poco importante cuando me preguntara y decirle:

— ¡Oh sí ! perdón Livio, se me cayó desde allá, limpiando el estante y se me hizo trizas, ¡lo lamento tanto!

Para colmo no sé si es de alguien conocido de Livio, no me dijo de dónde la sacó, ni por qué le interesaba que yo la tuviera hasta su vuelta y ponerla de nuevo en un consultorio.

No le diría toda la filosofía al natural que se había metido en mi vida con la Katrina, que me había obligado suavemente a pensar cada día en la cadena de fraternidad humana entre alguien que ya vivió y alguien que todavía no terminó de vivir, como yo, y que sigue pensando en cosas tan banales como comer, dormir, trabajar, y ansiar algo que no sucede o no se alcanza, como un amor límpido. No, eso no se lo diría. No le voy a contar que la Katrina provocaba en mí la necesidad de pensar, calcular, redimensionar, relativizar, descubrir cosas, como que el enamoramiento puede ser tan perecedero como una fruta. Y que algunos amores se desmoronan como castillo de arena, a la primera oleada, como el de Javier.

La historia de Katrinay la mía están enlazadas por alguna contingencia. Fue un año casi completo de convivencia, saludos y conversaciones, porque era casi verano cuando Livio la trajo. No quiero que él me vea vulnerable o herida. No voy a exhibir fragilidades., a él siempre le causé una buena impresión con mi independencia y mi soltura. Hablaremos de otras cosas, y no de la Katrina hecha trizas.

Liviollegó contento, un poco tarde. Después de charlar un buen rato, le dije que se me había caído su calavera, desde muy alto, y se había hecho trizas, que lo lamentaba tanto, que había sido un accidente limpiando ese estante. Él me contestó enseguida:

— ¡Ah! No te preocupes Elisa, era de resina o algo así, una buena imitación para mi consultorio, ¡no habrás creído que era verdadera!

La rebeldía

Erminia Butarelli (82) · Tostado

Hace unos días hablando con mi hijo Martin que tiene también sus aficiones literarias, le comenté de un encuentro en la Biblioteca 9 de Julio y el tema sugerido “historias de vida”

—No se me cae una idea— me quejé, le leí lo que había esbozado que no era un relato sino conceptos y metáforas sobre la vida.

—Vieja!— está bueno lo que escribiste, pero si son historias de vida, porque no escribís sobre alguna de tus historias?

—Naa! ...sobre qué puedo escribir!!! Le dije desalentada— Al encuentro vienen personas que escriben muy bien y mis relatos son de “campo adentro”.

—Con más razón!! — me animó él — tus historias son singulares y ninguno de los presentes tendrá una igual. Contá la de...”escoba de 15” o cuando mataste el puma o también puede ser la de la penitencia bajo la lluvia...

Me reí al recordar las anécdotas, lo pensé y finalmente me decidí por la de “escoba de 15” que es un título puesto por Martín.

Para comenzar, quiero poner en contexto la historia de estos hechos ocurridos durante mi lejana niñez de hace unos 70 años atrás. Nací bien en el campo y cuando digo bien en el campo, es porque en muchos kilómetros alrededor sólo reinaban los montes frondosos con especies casi desaparecidas hoy, de quebrachos, algarrobos, mistoles y molles. Los pocos vecinos que había estaban a no menos de 10 km.

Éramos una familia de seis hermanas mujeres por ése entonces. Mi padre un gringo menudo de pelo rubio rizado y ojos celestes, de carácter fuerte y de bromas sarcásticas.

Con sacrificio y trabajo duro logró una buena situación económica que le permitió enviarnos a la escuela y con el tiempo seguir estudios para tener una profesión. En este sentido destaco uno de sus principios: “a mis hijas mujeres les voy a dejar un título que es un capital que nadie les va a quitar” lo cual habla de su sentido común, que incluye por supuesto el agradecimiento de sus hijas. Mi mamá de piel oscura y ojos castaños de carácter tranquilo y voz pausada. Nunca se enojaba. Diplomada de modista en Academias Pitman por correo!!!

Hasta hoy me pregunto cómo se rendirían esos exámenes por correspondencia, aunque deduzco que mamá se habrá recibido con diploma de honor porque tenía 6 modelos en las que practicaba sus creaciones. En aquellos tiempos se estilaba vestir iguales a las hermanas. Si mal no recuerdo se compraba una pieza completa de la misma tela. QUE HORROR!! bueno..era la moda.

De lo relatado hasta aquí, se deduce que en la casa había mucho trabajo, atender el ganado disperso en las 600 hectáreas, la cría de chivos y ovejas, las aves de corral, gallinas, patos, y pavos. Teníamos 2 personas que ayudaban a papá, un peón general y un “peoncito” para las tareas menudas, ensillar los caballos, ocuparse de animales menores y los trabajos pesados de la casa.

Ese personaje del peoncito es el protagonista de este relato. El Kiko Barrera; teníamos casi la misma edad.

Estábamos en vacaciones. Yo estaba terminando la escuela primaria y me gustaba muchísimo leer. Pero el material de lectura se terminaba pronto y era difícil de conseguir; la otra alternativa eran los juegos de barajas pero mis hermanas no me acompañaban.

Era la hora de la siesta...hora sagrada para hacer silencio porque mi padre no admitía ningún bochinche que interrumpiera su sueño que se extendía por aproximadamente 2 horas..

Yo deambulaba aburrida buscando algo para leer y en eso encontré un mazo de cartas. Todos dormían. Tomé los naipes y me fui al galpón. Ahí estaba Kiko trenzando unos tientos.

—Vamos jugar una escoba Kiko?— lo desafié

— No hijita!!, si se levanta el patrón y nos ve nos va a castigar a los dos— me contestó

— Pero dale!...si falta mucho para que se levante— le volví a insistir.

Al fin lo convencí y empezamos las siestas de timba que se prolongaron durante unos cuantos días.

Aclaro que ésa expresión de “hijita” la había heredado de su mamá Doña Vitelma Barrera santiagueña ella, (merecedora un relato aparte) experta en arropes; solía venir con sus 9 hijos en la época del mistol y de las tunas para elaborar esos manjares.

Vuelvo al relato de Kiko. Una de esas siestas en la que estábamos concentradísimos en la partida se nos apareció mi padre pintando el terror en la cara de Kiko y en la mía un gesto como diciendo: solo jugamos a la escoba! y qué??

—¿Qué están haciendo uds.? —y a continuación agregó con un tono de amenaza—

—Que sea la última vez que los vea jugando a los naipes!!! ENTENDIERON???

—Sii señor ;!! Balbuceó Kiko —yo guardé un saludable silencio.

Pasó un tiempo prudencial y otra vez me aparecí con el mazo de cartas

— Jugamos??— le dije. Noté que él tenía tantas de jugar como yo.

— Dos manos nomás hijita! porque si el patrón nos descubre de nuevo, nos va a castigar a los dos — dijo el Kiko .

Así jugamos dos días más, al tercero, estaba regresando del galpón y me encontré con mi padre que volvía del baño para sentarse en su silla favorita al fresco de la galería. Le ví cara rara. Quise pasar en silencio y me atajó con la pregunta:

— Vos estuviste jugando con el Kiko??

— No— le contesté muy segura.

— No estuviste jugando?

— Yo no— volví a contestar

— Andá llámalo a Kiko— me ordenó.

Me fui despacio al galpón y le dije a mi amigo:

— Kiko te llama papá!

— Ay hijita viste que yo te dije!— me dijo asustado

Cuando llegó donde estaba mi padre con voz aflautada le dijo

— Sí patrón?...— hizo la pregunta como quedando a la espera de lo que venía.

— Vos estuviste jugando a la escoba con la Miño? — ese era mi apodo en la familia

— Sí Señor! — contestó Kiko

Mi papá se dio vuelta hacia mí y me preguntó de nuevo

— Vos estuviste jugando con Kiko?

— Yo no!! — le contesté sin inmutarme

— Andá a buscarme el rebenque!— le ordenó a Kiko.

Salió callado el Kiko con lágrimas en los ojos y vino con el rebenque.

Papá se paró al lado mío con el rebenque en la mano y me repitió la pregunta y volví a dar la misma respuesta:

— Yo no!— ahí vino el primer rebencazo y al repetir la pregunta y obtener la misma contestación

vino el segundo. Creo que ahí se dio cuenta que no solo yo no iba a llorar sino que no iba a cambiar la respuesta.

Kiko contemplaba lloroso el castigo.— mi padre le entregó el rebenque y le dió la orden:

— Andá ensillarme el caballo!!

Yo me quedé parada y dolorida, con la cara enrojecida pero hice un esfuerzo sobrehumano para no llorar. Mi padre fue a buscar el sombrero y se fue al galón montó el tordillo y salió hacia el molino al trotecito.

Esperé unos cuantas minutos mirándolo que se alejaba y se empequeñecía en la distancia y sentí que no pude contenerme más y ahí, recién ahí, solté un torrente de lágrimas.

El pueblo despierta

Roberto Dardo Alfredo Lopez (64) · Coronda

Con un poderoso impulso de sus patas y dos fuertes aletazos, el ave se alza de la oscuridad y se posa con gracia en la rama seca del viejo árbol. Contrapuesta con los albores del día se ve una figura enorme, acomodándose en su percha cloquea con deleite, mientras mueve su cabeza de un lado hacia otro hasta ponerla de costado, busca, en el cielo, una señal, un indicio, el que generación tras generación le fuera transmitido, genéticamente, desde tiempos inmemorables.

Y allá, en el horizonte, encuentra la respuesta a su inquietud. Se yergue en sus patas cuan alto es aleteando con frenesí, hincha el pecho, abriendo su pico deja salir su canto, potente y melodioso. Es el preciso instante en que el primer rayo de sol termina con la noche.

Desde distintos puntos del poblado, otros gallos corean su loa a la luz del día.

En agradecimiento, el sol, descubre la magnificencia del animal, su cuerpo, vestido de plumaje rojo iridiscente, culmina en una cola de plumas azules, casi negras, rematado con una cabeza espléndida, coronada por una cresta orgullosa del color del fuego, un pico temible del cual cuelga otra cresta similar al penacho y patas robustas que ostentan dos gruesos espolones que indudablemente lo hicieron señor del lugar,

El gallo se vuelve a erguir y nuevamente canta su loor. Mira al sol y, satisfecho, vuela hasta el piso, luego, se aleja emitiendo una llamada cariñosa a su harén.

Amanece.

De las calles de arena, húmedas de rocío, se elevan vahos de tierra mojada. Andrajos de bruma, traen desde el río, el olor característico del agua, aromas que convergen con un tenue olor a leña quemada, de los hornos de las panaderías cercanas y donde el poblado con una fragancia de azahares, le da un toque de distinción a la atmósfera. El pueblo despierta, lánguido y somnoliento desmerezándose con un largo bostezo de pregones.

— ¡tiiiiruop!_ El masitero, con pantalones cortados y deshilachados, va inclinado para balancear una cesta de mimbre colmada de exquisiteces para el desayuno. Bizcochos, tortas negras, medialunas, panes con chicharrones y la vedette de las facturas, quesadillas, un mazacote que, a modo de emparedado, aprisiona dulce hecho con harina de mandioca y azúcar negra.

— ¡ Lechero!_ Un sulky tirado por un tobiano enorme trae, desde el campo, leche recién ordeñada, en unos tachos tan limpios como abollados. Una suerte de cucharón sirve de medida para la venta del preciado alimento que, con solo un hervor, señorea el desayuno.

El sol asoma, allá, donde termina la calle, y anuncia que será un día de primavera.

— ¡Hay claveles! ¡floores!_ A paso vivo el vendedor lleva claveles, gladiolos y otros ramos de flores de estación.

El niño sale de la casa. En su mano, un enorme pan cortado a lo largo, soporta una gruesa capa de manteca meticulosamente untada en toda la superficie y el cual fuera zampado, a las corridas, en algún tarro de azúcar. El chico se sienta y al apoyar su pie descalzo en la arena fría, esta, le hace erizar los vellos de sus brazos. Sin darle importancia, mordisquea con placer su pan y así, se dispone a mirar al primer acto, que el teatro de la vida, ha puesto en escena, para la obra de hoy.

— ¡ Ajo ¡ ¡ Ajo colorado, señora ¡ ¡ Hay ajo colorado !_ Trenzadas ceremoniosamente, varias ristras cuelgan de un simple palo en el hombro de quien vocea..

Raíces mayores

En la vereda de enfrente, una mujer vestida con batón azul y lunares blancos, se afana con una escoba en la limpieza de su vereda y nerviosa lanza miradas hacia la casa lindante a la suya,

— ¡Panadero! En un auto, un tanto viejo, el pan llega aún caliente, a cada casa.

— ¡Verdulero! ¡En la esquina de su casa el carrito de la economía!_ Tirada por un caballo ya cansado de su trabajo, la volanta lleva cajones con todo tipo de verduras y frutas.

La mujer barre por enésima vez la vereda y de la casa vecina aparece otra señora escoba en mano.

— ¡Coca! ¡Se me durmió!

— ¡Ay Marúca! Se me hizo tarde porque le estoy haciendo una torta al Pepe.

No importa, venga que le cuento. Ud. Sabe que...

Y las nuevas noticias del barrio, se pierden en un murmullo que le van a dar el tono y el sabor que toda comidilla tiene.

El niño pierde interés. Al terminar su rebanada de pan, tiene las comisuras de su boca ribeteadas de azúcar. Con una simple pasada de su antebrazo limpia sus labios y levanta la vista, solo dos escuálidos cables del alumbrado, se interponen entre él y el celeste cielo primaveral.

— ¡Pescadooor! ¡Dooorrr! Colgados de un travesaño de madera con dos pies para pararlo, se balancean los frutos del río, rechonchos amarillos y los primeros patíes de la temporada.

El purrete lo observa hasta que se pierde dando vuelta a la esquina, y entonces, como obedeciendo a una voz de mando, por la misma esquina aparecen, como una manga de langosta multicolor, cientos de mariposas inundan la calle. Algunas se posan en la arena húmeda a beber, otras en las flores que cada casa ostenta en su umbral, y las demás, simplemente pasan, en busca de su propio destino. Aunque cotidiano, en esta época del año, el chico las mira maravillado.

— ¡Dale que no la alcanzás!

— ¡No empujes que la perdemos!

Dos chiquilines, de edad similar a la del observador, con sendas ramas de ligustro, corren tras una mariposa de un tinte anaranjado fuerte con detalles en negro. El insecto trata de poner distancia mientras elude, como puede, los golpes que tratan de propinarle, aunque el intento es vano ya que uno de los cazadores por fin atina y da por tierra al pobre bicho que yace en la calle.

—¡La agarré, la agarré!

—Sí, pero sin mi ayuda no la hubieras agarrado.

Desentendidos de la cacería notan la presencia del compinche sentado.

—¡Mirá! ¡Una mariposa tomate! Yo la agarré!

—¡Mentira!—Replica el otro ¡Los dos la agarramos! ¿No es hermosa?

El niño sentado, extiende la mano y toma la mariposa muerta, sus alas están algo rotas y en algunos lugares, donde las hojas de la rama golpearon, la pigmentación ha desaparecido, con tristeza dice:

—No. Ya no es hermosa.

—¡Dale levántate!—dice uno de los cazadores _ Vamos a ver si cazamos una de las grandes.

—Sí—apoya el otro —En los charquitos se juntan todas.

Sin moverse, el chico los mira a ambos, como buscando en sus caras una respuesta adecuada y una salida para una situación que no comparte, entonces la Providencia viene en su ayuda. Dando vuelta la esquina y botando una flamante pelota, cinco chiquilines se disputan la tenencia del balón.

—¡Hey! ¡ Miren lo que me regalaron ¡—Dice el orgulloso propietario.

—¡Tocála! Tocála! —Corean sus acompañantes.

Los cazadores, deslumbrados por el repique del esférico, salen a su encuentro.

—¡Tirá! ¡tirá!

—¡Vamos a jugar! ¡Yo armo los arcos!

—¡Hacé los palitos para armar los equipos!

Raíces mayores

El chiquillo sentado aún con la mariposa en la mano, la sopla suavemente tratando que vuele nuevamente, pero es inútil. Los otros ya están jugando, alegres y felices.

—¡Vení que empezamos ; ; Dale ché!

Con ternura, deposita el bicho en la arena, queriendo desprenderse de esa terrible congoja, compañera inseparable de la muerte, y con una mirada de despedida, corre a la improvisada cancha de fútbol

—¡Vamos! Yo atajo. ¿Con quién me tocó?

Por unas bocinas estratégicamente colocadas, una difusora local comienza su programa con una música casi marcial.

—¡Caarterop!

Y las grandes vidas se olvidan de las pequeñas muertes.

Es un día diáfano. El pueblo ya está despierto.

El hombre del fuego

Lilian Amestoy (69) · Santa Fe

Hay avenidas en Santa Fe que son muy anchas. Con mucho espacio para los autos pero más aún para la gente. Cómodas veredas y luego un espacio verde, amplio, que a veces sirve para organizar un fulbito con los pibes de la cuadra. Casila mayoría de estas avenidas están habitadas por familias que hace mucho tiempo compraron las viviendas o bien por sus descendientes. Así es la Avenida Gral.:Paz. Casas, ferreterías, kioscos, supermercados, sencillos comedores, heladerías, se extienden a lo largo de más o menos uno o dos kilómetros.

En ella se entreteje la vida de los vecinos que tienen algo en común, algo que les pertenece a todos y que casi sin darse cuenta, forma parte del paisaje: el hombre del fuego. Nadie conoce su nombre. Nadie puede decir que día exactamente comenzó a transitar por la avenida. Alto, fornido, lento en su andar, a veces muy arropado, usa un sombrero deformado, Casi no habla con nadie. Así, como si se creyera invisible recorre con absoluta calma la avenida, a veces se sienta a la sombra de algún árbol y allí disfruta de un cigarrillo, pero podría decirse que muy pocas veces lo he visto tirado o casi acostado en las veredas. Siempre en un ir y venir interminable, seguido de algunos perros. Hay momentos, en que se detiene para observar algo, contemplando hacia lo lejos, nadie sabe qué. Levanta el ala de su sombrero. Los perros también detienen su trote. Y allí queda por algún rato.

Pero a que debe su mote? Es que el habitual hombre que describo transporta en su caminar una lata con unos leños siempre prendidos que seguramente usa para cocinar lo que come. Por las noches es cuanto es más notorio el fuego de su lata, brillan en las casi tinieblas de las calles. Los vecinos, para quienes, como expresé, es un viejo conocido, le dan changas, cortar un poco el pasto, podar los arbustos, acomodar escombros, barrer veredas, y luego él recibe una paga, con esto se gana el pan o se compra un cigarrillo suelto. Esto no quita que siempre alguien le brinde un plato de comida. A nadie se le ocurre pensar que pueda constituir una amenaza para alguien.

Che, pregunta un fulano, no viste al hombre del fuego? Tengo unas pilchas para darle, espero le queden!:

Y así día tras día, año tras año, se ha constituido en una parte más de la vida cotidiana de todos. Habrá alguien que se pregunte qué motivos llevaron a este hombre a llevar esa vida? Que lo decidió a vivir casi sin afectos, en una soledad que solo se atenúa con la compañía de los perros? Que habrá sido de su niñez, de su juventud? Que quebranto irreparable lo llevó a abandonar todo contacto estrecho con las personas? Nadie lo sabe. Tampoco son muchos que llegan a hacer una conjetura sobre su vida. Es aceptado de ese modo, sin mayores preguntas.

Así hasta que alguien corrió la voz: “Loco, viste que encontraron muerto al hombre del fuego?” Así, sin más, se fue propagando la noticia. Todos se congregaron para observar su cuerpo inerte, como desorientados. Pero los más asolados parecían ser los perros, que en ronda desprolija, apoyados en sus patas traseras, miraban a su amo muerto, con ojos de abandono.

Algún vecino llamó a la policía. Luego vino un camión de la Municipalidad. Allí fue cargado como un bulto cualquiera. A los perros también los llevaron.

Esa noche, al pasar por el lugar puede ver que sólo la lata había quedado en el lugar. Y pude ver que se había apagado el fuego.

Un ramo de dalias

Carlos Ferreyra (70) · San Javier

Recuerdo que cada mañana salía de casa con el propósito y el pensamiento de sorprender a mi amada y eterna esposa con la que compartía momentos realmente maravillosos e inolvidables.

Para ello cuando me dirigía a mi oficina pasaba por una florería parecida a un gran jardín a la que ingresaba y recorría las vitrinas repletas de flores de diversas especies entre ellas dalias, la que elegía y compraba, muy coloridas envueltas en celofán y con un gran moño de seda; sus predilectas.

El florista se acercaba a mí y exclamaba “¡usted será un rey!” y yo le preguntaba “¿le parece?” su respuesta era afirmativa, me obsequiaba una tarjeta donde dedicaba mi regalo ¡ni que decir cuando regresaba de mi trabajo con el ramo de dalias en la mano!

Había un brillo especial en sus ojos, se sonreía y asomaba alguna lágrima de felicidad por mi gesto, me abrazaba con ternura y me daba un beso enamorado ¡treinta años no es nada!!!

Los bailes de aquellos tiempos

Hermes Beutel (81) · Santo Domingo

En esos días de encierro, donde debíamos cuidarnos y cumplir con “Yo me quedo en casa”, pude recordar aquellos bailes de mi pueblo; en las décadas del 50 y 60; bailes donde participaba junto a mis hermanos y disfrutaba de momentos de encuentro; ahí reinaba la diversión de los jóvenes.

No eran tan frecuentes, sólo se realizaban en ocasiones especiales, y el más importante era el 4 de agosto; Fiesta Patronal de Santo Domingo (Santa Fe). Para este evento nos preparábamos con anticipación. Eso implicaba ir a la tienda “Haidar”, en la esquina de calles San Martín y Sarmiento del pueblo; allí se podía encontrar gran variedad de telas, colores y texturas...organza, tafeta estampada, piqué y sedas eran las más buscadas; existían distintos modelos para confeccionar tu vestido: campana plato, fruncidos, con cinturas bien marcadas, paisanas o faldas en gajos. Si las telas traslucen, se forraban o se usaban enaguas, pollerín al cuerpo por si bailabas vals, porque si las polleras se abrían no se debía ver más arriba de las rodillas.

Los bailes comenzaban a las 20:00 hrs y terminaban a las 1:30; a esa hora se cortaba la luz porque la energía era producida por una usina eléctrica. Interesante, quince minutos antes se hacía un pequeño corte que te daba el tiempo de buscar los abrigos y despedirse.

Las mujeres iban elegantes, con rulos en sus peinados, vestidos con cinturas bien marcadas, maquillaje en polvo en las mejillas y pinta-

dos los labios, perfume “Nantes 18”. Los hombres invariablemente con traje, camisa blanca y corbata, peinados a la gomina y “glostora” líquida, siempre con perfume.

Las orquestas eran típicas, características, la primera comenzaba con un tango, la segunda comenzaba con un paso doble, en ambas el segundo ritmo era el foxtro...cuando empezaba a sonar la música los hombres; agrupados en el salón; dirigían la mirada al grupo de señoritas sentadas en otro sector y mirando a una en especial, con un movimiento de cabeza la invitaba a bailar; si la joven aceptaba hacía unos pasitos hacia adelante y salían a la pista. Si no le agradaba el muchacho desviaba la vista para evitar la danza. Tres veces repetían el ritmo, luego a sentarse nuevamente.

El joven bailarín acompañaba a la dama hasta el lugar donde se sentaba y le decía unas palabras: “Gracias señorita”, cuando cambiaba el ritmo otra vez la situación se repetía.

Si ya tenías novio, a partir de las 00:00 pasabas a un salón adyacente, el “reservado”, y podías tomar una copa y charlar (la mujer tomaba naranjina, los hombres “grapa” o coñac).

Soy parte de una generación que vio grandes cambios en la sociedad...y los bailes son solo una muestra de ello...

Aquella Navidad

Sonia Sager (64) · Malabrigo

Era pequeña, se paró en puntas de pie y abrió la puerta con torpeza; entró corriendo y llamando a su abuela, al llegar a la sala la encontró preparando el árbol de Navidad, sus ojitos brillaron de asombro.

—Mi ángel llegó. —Dijo la anciana tomándola en sus brazos.

—Abu te ayudo, así cuando venga Papá Noel lo encuentra bonito.

Las dos se pusieron a trabajar, la rama había sido elegida con mucho cuidado, el olor del pino recién cortado invadía todo y cada rincón.

Entre la pequeña y la anciana había una comunicación especial, sin hablar sabían qué hacer, así fueron colocando los globos, guirnaldas y por último los broches con velitas. Cuando hubo que poner la estrella en la punta... se miraron; la abuela alzó a la nieta que estiró los bracitos hasta llegar a la punta de la rama; bajó de los brazos de la abuela, se miraron y juntas dijeron: —¡es hermoso!

Pasaron los días, la niña llegaba lo de su abuela, se sentaban frente al árbol y la anciana le contaba de cuando ella era niña y armaba el árbol con su mamá.

Cuando llegó la noche de Navidad la casa se llenó de risas y gritos; los grandes charlaban sentados bajo el parral, los niños jugaban y tiraban cohetes en el patio. De pronto la abuela salió de la cocina y llamó a comer; todos se sentaron alrededor de la mesa encabezada por ella.

Comieron entre charlas, risas y algún que otro grito. En un momento se hizo un silencio, el reloj de péndulo dio las 12 y se escuchó

el sonar de una campanita; entonces la anciana anunció que había llegado Papá Noel; todos corrieron a la puerta de la sala, que estaba cerrada, y a través de la cortina y la luz amarillenta de las velas del árbol pudieron ver cómo acomodaba los regalos uno a uno hasta que terminó, se colocó la bolsa sobre el hombro y se fue.

Entonces abrieron la puerta y entraron detrás de la abuela, empujándose y gritando; ella se sentó en su sillón de hamaca, todos los nietos en el suelo a su alrededor; los grandes, acodados en la ventana miraban (parecía realmente un cuadro pintado), bajo la luz de las velas los globos, que daban destellos brillosos, parecían estrellas fugaces.

La abuela los llamaba uno por uno y les entregaba su regalo. Cuando le tocó el turno a su nieta le pasó una caja atada con un lazo rosa, que abrió rápido —con la curiosidad de todo niño—... la expresión de su rostro fue de tanta sorpresa que dos lágrimas rodaron por su carita angelical; metió las manitos dentro y sacó una muñeca de goma, “la Marilú”, vestida con un vestido de bambula a cuadros rosa y blanco, y unos zapatitos de badana blancos; sus ojitos de vidrio azul parecieron tomar vida y decir “soy tuya, acúname”; (cuántas Navidades había hecho la carta pidiendo por ella, que no lo podía creer); la apretó entre sus brazos, con la mirada buscó a sus papás y corrió hasta ellos para mostrársela; era su sueño cumplido.

Sus primos ya estaban otra vez en el patio jugando con sus regalos y tirando cohetes, pero ella volvió a la sala, se sentó en el sillón —ya vacío— de la abuela y allí se quedó con su muñeca apretada entre los bracitos hasta que el duende del sueño cerró sus ojitos y quedó dormida.

De rituales y otras yerbas

María Ester Fernandez (64) · Reconquista

Juro sobre las brasas que esto no es un cuento, es la pura realidad.

Después de un largo período sin encontrarnos, a causa de la pandemia coronavirusera que se llevó a varios parientes, algunos de los que quedamos decidimos encontrarnos. Para que no se sintiera aún más la ausencia de mi tío mayor y de otros sabedores, evitamos hablar de hacer un asado para no profundizar en el dolor ni recordar reuniones anteriores. Una de mis tías propuso una juntada a la canasta y otra pedir comida a domicilio y pagar entre todos. Pero mi sobrino más chico, tomando el aspecto de gallo capitán, dijo que lo dejaran por su cuenta, que iba a continuar con la tradición del asado, que se haría cargo de todo, menos de las ensaladas y el pan y que fuéramos el domingo a la casa que se estaba haciendo (poca casa y mucho terreno pero ya tiene techo). Algunos nos opusimos porque la carne está muy cara y el chico es un triste docente, pero insistió tanto que nosotros sentimos que negarnos era como quitarle sus espolones recién nacidos.

—Ustedes traigan lo que les dije y lo que piensan tomar. Si alguno quiere venir a acompañarme con mate y después con un vino, les agradezco. Si no me alcanza la plata después les pido pero, como hace mucho que estoy encerrado dando clases por zoom, ahorré en nafta y en salir a comer.

Quedamos todos de acuerdo. Intuyo que a alguno “se le piantó un lagrimón” por las ausencias y sobre todo, por la del jefe anterior del ritual.

Estuve a las 7 de la tarde para ayudar y hacer la previa. Ya había varios alrededor del fueguito incipiente, me parece que muchos no le tenían confianza al chico, en verdad, hasta entonces, solo le habíamos conocido la uña largade guitarreroen el meñique. El clima se iba poniendo lindo aunque salpicado de recuerdos tristes. El coronavirus se había llevado parientes, amigos, conocidos y había dejado miedo. Las autoridades habían permitidoque nos quitáramos los tapabocas en espacios abiertos pero las tías más viejas, que habían llegado temprano cada una con su mate, los conservaban en la muñeca como si fueran unas pulseras. Recipientes individualesy algún aspensor con alcoholdormían a un costado de la mesa en franca competencia con el que le tiraba Benja a los carbones para que se encendieran.

Para las nueve, estaba todo listo y aunque faltaban dos primas, quienes avisaron que llegarían tarde pero que por la comida no se preocuparan, empezamos a darle al diente. El número de comensales había descendido ostensiblemente con respecto a las reuniones previas a este virus de mierda que hizo punta en las conversaciones. Si biendisminuyó su virulencia, nadie estaba a salvo y menos los pendejos, dijo mi prima Margarita.

Después de un llanto repentino y desconsolado de mi tía Pirula, recientemente viuda, nos pusimos hablar de otro tema, siempre que no fuera religión, política, fútbol, argumentos que ya nos habían aguado muchas fiestas.

Media hora más tarde, mientras me comía el tercer choripán, aparecieron mis sobrinas, Kattia y Mariela con sus bebidas y recipientes de comida. Sabíamos que la primera era vegetariana y Benjamín había puesto por eso, un poco más lejos de la carne para que no hubiera contaminación cruzada de olores, dos zanahorias, medio zapallo y un morrón. Ella se sentó junto a nosotros, abrió su recipiente y nos convidó con unas ensaladas de soja y no sé qué más a la que le agregué mucha mayonesa y mostaza para no sentirle el verdadero y desagradable gusto.

Kattia era otro cantar. Puso sureposera bien alejada del resto de los mortales, improvisó una mesa con una silla y abrió su paquetitodentro del que parecían lucir deliciosos manjares decorados con esmero. Se hizo un silencio sepulcral, entonces ella aclaró que le tenía asco a la carne y a su olor y que durante la pandemia se había convertido al veganismo y que no era lo mismo que el vaginismo o el verganismo-como escuchó decir una vez a Tía Carlota.

A mí me encanta el olor a carne asada pero se ve que cuando entrás a un nuevo credo hay una conversión total, incluso del olfato.

Nos miramos todos de reojos, como diciendo: “No hablemos. En esta familia somos todos tolerantes o nos vamos a la mierda, ya venimos con genes tan dispares y de culturas diversas y nos hemos aguantado el discurso budista, el neoevangelismo, la terapia de vidas pasadas, el vegetarianismo”. Todo bien. La tía Graciana dijo, como para cambiar de tema, que le dolían los callos por lo que se acercaba una lluvia y que gracias a Dios que caería agua porque se nos estaba muriendo el río. Sé que ella pensó que este tema apocalíptico taparía cualquier otra desgracia y debería haber sido así pero la nueva acólita, quien defendía a todos los que tuvieran ojos, decidió predicarnos como buena recién iniciada que, más que persuadir al resto, intenta marcar la frontera entre lo que ha sido y ya no es. No obstante, nuestra postura pacifista o tolerante, la chica empezó con un tono agresivo.

Mientras el asador seguía gestionando jugosos trozos de vacío y sacando con paciencia y el silencio de un eremita la grasa visible para los que tienen colesterol, el Tío Miguel que es muy leído levantó su bastón para decir que él se había interesado siempre por la antropología y que además tenía experiencia porque no había sido como sus hermanos un nene bien del centro , que él sí que había comido tierra y convivido con otras culturas y que todas para unirse tenían un ritual que tejía a las generaciones . Que el rito es necesario y que, mientras su persona viviera además de las vacas y del chancho (cabe aclarar que

muchos de la familia no comen cerdo por objeción de conciencia), el asado se iba a mantener, aceptando variantes como las zanahorias de su sobrina nieta que había implementado una renovación, que la cultura se hereda, se crea y se recrea pero que es un lienzo que mantiene la identidad y en el que nos reconocemos.

En ese momento subió la tensión al compás de los bastonazos que pegaba en cada punto y en cada coma haciendo vibrar la mesa improvisada de la muchachita. Yo estaba aturdida y la verdad es que solo me importaba que no se terminara la molleja porque era escasa y cara.

Para este entonces Kattia se puso de pie para pontificar que no la entendíamos porque lo de ella no era una moda, ni una dieta, era una postura ética y que, si nuestra cultura pensaba sobrevivir, nos debíamos convertir todos porque el mundo se estaba yendo a la mierda. Cachito, mi primo por las partes húmedas, que sobrevivió al virus le dijo que él no tenía plata para entrar a ese club pero que podría hacer el esfuerzo por un solodía, con esa dieta horrible, si le dejaban ponerle mayonesa a esos raros menjunjes.

Alguien contó que en Italia una mujer y su esposo fueron a juicio porque su bebé murió desnutrido a causa del veganismo de sus progenitores. ¿Para qué? .Mi sobrina en un grado de exaltación paroxíptica abrió su mochila, desplegó un rollo parecido al del papel higiénico y empezó a leernos todo acerca de los beneficios del veganismo y de cómo los monopolios de no sé dónde inventaban ideas dementes para desmoralizar a quienes querían ingresar a este nuevo templo. Hasta algunos llegaron a decir que éramos unos egoístas. ¡Falacias, mentiras de los que se oponen a las revoluciones! Pero nosotros ganaremos, cada vez somos más. Estamos haciendo un himno para entonar en las marchas.

En una punta de la parrilla, Benjamín había puesto los panes con mucho cuidado de que no se contactaran con la carne, hace un tiempo enteró de que su novia, Amancay es celíaca y ya sabe cómo se convive con ello.

Raíces mayores

Cuando el sermón de la llanura (porque estamos en Reconquista y no , en la montaña) comenzó a ponerse insoportable y el tío que estaba muy borracho inicióa decirle a mi sobrina frases impronunciabales, sin que su bastón subiera el ritmo de los puntos y las comas, medité si convenía seguir con el ritual, si era necesariobuscarle a Benjamín un reemplazante ya que después de la pandemia estaba con la frente más ancha y algunas canas, también recordé que no había niños en esa reunión aunque tía Marga trajo sus tres perros que disfrutaron a la grande, descubrí que si se sube el volumen de la cumbia villera puede terminar cualquier discusión o irte al carajo, que la familia de la juntada de los jueves se fue achicando visiblemente y que, tal vez, en esta parte del mundo seamos una población envejecida, que nuestra llanura tan querida sigue dando para muchas vacas pero que tal vez sigan siendo ajenas.

Y que mañana quizás, nos sea extraña la ceremonia del loco del 25 (ritual del que participan comunidades enteras en distintos roles, en especial los mayores de 60) mientras la inmensa llanura pampeana deje sus últimos suspiros entre los vapores de los agrotóxicos.

Hoy me pusieron la vacuna contra el Coronavirus

Maria Ester Fernandez (64) · Reconquista

Tengo 85 años. Es la primera dosis; dentro de quince días estaré inmunizado en un 65 por ciento. Es rusa. Después de ese período podrán venir a verme, con barbijo y todos los cuidados, mis hijos, mis nietos, amigos, amigas y amigos vacunados. A algunos más jóvenes les han puesto la china. A mí no me importan las nacionalidades de la gente ni de las vacunas; he tenido parientes de todas las marcas. La humanidad es una. De todas maneras espero que puedan hacer la vacuna en la Argentina y quiero estar vivo para asistir a este milagro. Puede que la vida me regale un par de años más para ver que mi país sale de la maldición de los granos y de la exportación de materia prima, sin valor agregado, exclusivamente. Bueno, no hablo más de esto porque mi vieja se enoja y dice que termino peleando. Lila es mi segunda mujer y tiene 69 años, por un pelo o casi una década tiene que esperar para vacunarse. Contamos juntos los días. Recuerdo muchas epidemias a las que sobreviví. Entonces no había vacunas y algunos morían como moscas. Mi esposa, en cambio, se vacunó muchas veces y zafó de tantas pestes.

Como les decía, estoy contento de haber sido vacunado. Ella, en cambio, es muy vieja para algunas cosas y muy joven para otras, tendrá que esperar al invierno para vacunarse, si alcanzan las dosis. Estaba tan pendiente de la información y del puterío internacional que

armó este virus que me cansé de aguantar su perorata entre lo que afirman los negacionistas antivacunas, los que tienen miedo que la rusa los vuelva comunistas, los que creen que la china les cambiará la orientación de los párpados y los que afirman que los médicos cubanos vienen a bailar la rumba. Le dije que, si quería seguir con esa comparsa, se fuera a la piezade huéspedes a ver los informativos. Yo me quedo en mi habitación mirando documentales, películas o algún partido de fútbol. El estrés me sube la presión y quiero llegar a la segunda dosis así salgo de este encierro y puedo ir a la plaza a dar de comer a las palomas y ver cómo los chicos juegan y los adolescentes se besan. En la plaza de mi barrio conviven todas las edades y tribus urbanas.

Es lo único que extraño del mundo exterior, la plaza. Usted dirá qué hombre tan frío pero le digo la verdad, hasta me está gustando esta pandemia. Aprendí, más o menos, a manejar algo de tecnología. Hago zoom y skype con mis nietos y, aunque usted no crea, tenemos conversaciones más profundas que el estado del tiempo. El otro día, con el de catorce, estuvimos una hora, hasta que se largó a llorar y me pidió consejos. Me sentí Zaratustra, me di cuenta que mi hijo es un hijo de puta que no comprende a su suyo. Por ética no le conté al pendejo las cagadas que hacía su padre que ahora se cree Ghandi. Y la idiota de la madre, porque mi nuera es una estúpida innata más lo adquirido con los años, encima se pone a defender al marido. Lástima que no tengo de testigo a mi primera esposa para testimoniar las macanas que se mandó el padre. Con Lily no puedo compartir esto porque no son ni sus hijos ni sus nietos y hemos pactado no meternos en las relaciones emocionales de nuestras familias de origen.

38 Es decir, nada de esto hubiera salido a luz si no fuera por la pandemia. Además (disculpe lector pero me volví un poco de la nueva era con el encierro) si busco los positivo de la situación, como dicen que hay que hacer, me saqué muchas visitas plomos de encima con la historia de que es viejito y el virus nació para matar a tres o cuatro

generaciones, de 50 o 60 para arriba , que está diseñado, que no lo escupió un murciélago chino que bajó de algún techo de un cineclub y arremetió contra el último chino de la fila diecisiete, y entonces... uno puede decir “por si acaso no vengas de visita, viste que tenemos al abuelo...”. En fin , entre tanta desgracia, no me siento tan desgraciado pero estoy juntando fuerzas porque después de 15 días de la segunda dosis volverán las viejas amigas de mi mujer con sus conversaciones burguesas y deberé buscar una excusa para retirarme y no jugar a la loba. Y lo peor, volverá su benjamín a hacerme chistes sobre mi miembro viril, las pastillas azules y ojo con que no satisfagas a mi madre que es de sangre caliente y ya enviudó dos veces. Sólo me quedará de este aprendizaje las conversaciones vía skype con el único contemporáneo no tecnofóbico que vive en Alemania, con el que nos hemos encontrado, gracias a la pandemia. Sé que falta el contacto físico, los olores y otras cosas pero me quedan las voces, las miradas y el milagro de la lengua para sentir que no hay distancias.

Estoy viendo por cuarta vez el informativo. Cuando no hablan del coronavirus, me levanto y hago otra cosa. Estoy esperando con ansias la vacuna porque esto me está pudriendo ya. Las chicas no vienen a jugar a la loba porque están asustadas y mi marido es viejo. No quiero quedarme viuda otra vez, es horrible. Sé que lo más normal es que él muera antes que yo, pero la normalidad ya no existe. Un ejemplo es este virus que nos dejó dados vuelta. Por suerte el hombre (así le digo yo porque así decían mis alumnos del campo) aprendió un poco de tecnología, de lo contrario me tenía de secretaria. *Mi amor, poneme el celular para que grabe un mensaje a mi amigo alemán.* Por suerte algún amigo le queda. Él decidió apartarse del mundo circundante así que no podemos conversar de lo que a mí me interesa. La política le parece un puterío y dice que, como se aproximan las elecciones, el puterío se va a intensificar, que está podrido de las denuncias sin propuestas. Y bueno, peor es que esté enfermo y que lo tenga que cuidar, Ya cuidé mucho, ahora quiero que me cuiden a mí.

Estamos en piezas separadas. Lo convenimos ni bien nos casamos. Sexo de mes en cuando, no entra entre mis prioridades. No digo que sea asexual, el mundo no me comprendería, pero así es. Unos minutos de vez en cuando y a mirar tele. Mi hijo me habla por teléfono y, a veces, coincidimos en videollamadas. Me hace unas cargadas que no me gustan pero es la juventud, hablan mucho de sexo pero no sé si practican. El sexo oral es hablar de sexo, me parece. Mi nuera tiene una cara de idiota que no me la imagino llegando al orgasmo, pero nunca se sabe. Él parece satisfecho pero cada vez está más gordo. Dicen que la gente come porque no es feliz. Yo me mando unos chocolates a la noche pensando en eso y, cuando terminan los informativos, veo alguna película que me conmueva. A veces prefiero las de terror y termino complacida mientras pienso que hay gente a la que le pasan cosas peores. Una de mis nietas quiere darme clases de inglés por skype pero terminamos hablando de sus amores frustrados. Esta juventud no sabe elegir pareja o ya los hombres no son los de antes. Cuando encuentra uno que a mí me parece el mejor, ella le encuentra un defecto, como si fuera perfecta. Tiene piercings por todo el cuerpo, aunque no se sacó la bombacha en mi presencia, sospecho que tiene puesto uno donde no le da el sol. ¡Qué horrible! No bastaban los tatuajes ridículos que se metió. Uno tiene el nombre del perro. Le dije que eso era para siempre pero me aclaró que, si decide entrar a la escuela de policía, se los va a sacar con láser. Hay gente masoquista, cada vez más.

Ahora traen más vacunas de otros países pero no nos dan a elegir. Bueno, mientras sean gratis, no me preocupo. El hombre ya tiene la primera dosis, privilegios de la vejez, quién lo iba a creer, así que digamos que está un poco protegido. Voy contando los días para que sea semi inmune así vuelven las chicas. Seguro que él no va a querer jugar a la loba con el cuento de que puede contagiarse. Sé que, en realidad, no las soporta.

Hay amigas que aprovecharon la pandemia para empezar alguna actividad artística siempre respetando los protocolos. A mí me parece

interesante, que en medio de esta tragedia internacional, se hayan mirado a sí mismas y se hayan descubierto, por fin, pero a mí sólo me gusta cantar. Las clases de canto están interrumpidas porque uno larga el aliento y posiblemente large gotitas que se convierten en misiles contaminantes. Lo pienso y me pongo alcohol en las manos y un poco en la boca.

Entonces vuelvo a las noticias. Sé que son un vicio, como dice el hombre, pero como me saco esta adicción. Si dejo de mirar me viene síndrome de abstinencia y como todo lo que encuentro. No quiero terminar gorda, según palabras de Norita, de tal manera que sea más fácil saltarme que darme vuelta.

La leyenda de las siete cruces

Carlos Alberto Druetta (74) · Totoras

Pedro Carlos Martini, periodista fallecido de la ciudad de Rosario, rescató hace poco más de treinta años para el Diario “La Capital”, un hecho trágico que conmocionó desde la génesis misma de su historia, a toda la comunidad totorense, relatando, tal como se había venido transmitiendo oralmente, el horrendo crimen que abruptamente cegó la vida de siete víctimas, en un apacible atardecer de comienzos del otoño, allá por 1886 en la recientemente formada Colonia Santa Teresa.

“Los perros ladraron furiosamente...” decía. “Pasaron muchos años y un hermano... en edad avanzada, enfermó de gravedad” confesando que “él era el asesino que ultimó a esa familia.”

El rastreo de elementos que nos permitiera acercarnos a la verdad sobre el Crimen de las Siete Cruces, ha sido una constante. Para buscar su origen, se podría decir que quizás se remonte a mi infancia, por citar un solo hecho, cuando la maestra de grado alguna vez me descalificó indicando que existían asuntos oscuros en el pasado de mi familia. ¿Qué habría pasado? Cualquier niño al que se le formule semejante imputación, se hubiera hecho esta pregunta. Luego, ya adulto, con la exploración del árbol genealógico para encontrar los orígenes y obtener la ciudadanía italiana, fueron apareciendo piezas que otorgaron respuesta a esos interrogantes, pero con las que difícilmente podrá terminar de armar este rompecabezas.

Mi interés por la investigación genealógica, dio lugar tiempo atrás a mi primer trabajo sobre el tema, “Siete Cruces de Hierro Forjado”, relatando esa historia. Más tardellegamos a una segunda producción, “Genealogía... Totoras... La búsqueda de nuestros orígenes” con nuevos hallazgos, incorporando allí documentación y opiniones.

Procurando acceder a las que fueron materias pendientes en la investigación, continué el interminable derrotero que lleva a obtener información que sirva finalmente para ser volcada al papel, dando lugar a “Historia de los Orígenes de Santa Teresa de las Totoras y el Crimen de las Siete Cruces”.

Para otorgar a esta exposición, un ordenamiento cronológico que facilite la interpretación del lector, propongo comenzar analizando, por ejemplo, de cuando Totoras no era Totoras, para continuar luego avanzando a través del tiempo.

El enunciado parece extraño, pero es sabido que nuestro pueblo y colonia se llamaron originariamente Santa Teresa.

Memorias publicadas por colonizadores españoles en la época de la conquista efectuada en esta Provincia, allá por el año 1573 aproximadamente, indican que estos territorios estaban ocupados por los indios querandíes. Doscientos años más adelante, en la época Colonial la región se conocía bajo la denominación de Desmochado Abajo y estaba constituida por *“una extensa zona de soledades, tal vez cruzada por algunos hombres como fantasmas porque según resulta, ni los mismos indios la ocupaban por carecer de condiciones de ser habitada”* (Elías Bertóla, Apuntes Históricos...). Los relatos de viajeros por la ruta de las postas, aseguran que el paso por la cañada “de las totoras” era terrible, llena de bañados, campos bajos con lagunas, y sobre todo en veranos llovedores, una cantidad de mosquitos insoportable.

Nuestro nombre actual comenzó a utilizarse para denominar en principio a la Posta de San Francisco de las Totoras, original posta de carretas en Bustinza y Posta de las Totoras a la de diligencias que le sucedieron. Es sorprendente para un totorense actual leer las viejas

crónicas y encontrar el nombre de nuestra ciudad, debiendo reconocer que no se refieren a ella, sino a lo que ahora es Bustinza. Sin dudas, Bustinza se llamaba Totoras antes que nosotros. ¡Totoras, no eran Totoras!

Para adquirir definitivamente su denominación, debió pasar por las de Desmochado, Desmochado Abajo, Cañada de Arévalo, Carrizal de Medina, Carrizal de Medina de las Totoras y Santa Teresa. Podríamos agregar además que se supo utilizar la denominación de Colonia Santa Teresa, Santa Teresa (Estación Totoras), luego pueblo de Totoras y finalmente Ciudad de Totoras.

En la gesta colonizadora tuvieron activa participación e influencia para nuestra zona, Carlos Casado del Alisal (fundador de la Colonia Candelaria —Casilda—) y Julián de Bustinza (Bustinza, Santa Teresa —Totoras—, Piamonte, Colonia Clodomira —llamada luego Pujato— y otras de menor renombre).

El Crimen de las Siete Cruces tuvo una incidencia fundamental en el desarrollo de nuestra localidad. El 6 de abril de 1886, siete personas perdieron la vida en el crimen más horrendo que haya padecido esta comunidad en toda su historia. Esa fecha marcó para siempre la historia de la Totoras de hoy porque entre otras cosas el cementerio data de ese año y, si bien no podemos atribuir su origen exclusivamente a la necesidad de dar sepultura a las siete víctimas, lo cierto es que la conmoción que estos asesinatos produjeron en la población, sumados a la epidemia de cólera que durante ese mismo año se llevó varias vidas, hizo que a partir de estos dos hechos se tomara conciencia de la necesidad de contar con un predio para dar cristiana sepultura a los que fallecían. La placa clavada en la cruz central del cementerio dice: “COMISIÓN POPULAR DE SOCORROS — SANTA TERESA — 1886 Y87”. Algunas pruebas de la solidaridad de la comunidad italiana son el origen del cementerio, la Asociación Italiana o la construcción del primer templo parroquial.

EL MITO, LA LEYENDA

La histórica masacre, ocurrió donde se levantaba en el siglo XIX una casa donde habitaba el entonces dueño del campo, con su esposa y cuatro hijos pequeños. El dramaseprecipitó a la hora de la oración, como entonces se identificaba al momento del ocaso. Todo transcurría normalmente en esa chacra cuando alguien llegó furtivamente y atacó al hombre que estaba encerrando bueyes en el corral. El productor fue ferozmente acuchillado. Luego, el o los asesinos se dirigieron a la vivienda y atacaron a la esposa que estaba sacando los panes caseros recién cocidos del horno de barro. La mujer tampoco tuvo oportunidad de defenderse y fue ultimada, desplomándose junto a los panes. Ese detalle brindó el indicio de que el crimen fue ejecutado al atardecer ya que era la hora en que habitualmente las amas de casa atendían ese menester doméstico.

La diabólica faena criminal continuó dentro de la casa con los niños, todos los cuales fueron muertos a cuchilladas incluyendo una bebita de tan solo 40 días. El único que sobrevivió aunque por poco tiempo, fue un boyerito que trabajaba para esa familia y que al descubrir al asesino huyó a campo traviesa hacia el Este, hacia la casa de un vecino para pedir auxilio. Empero, lo siguieron a caballo y le dieron alcance a unos 100 metros donde le dieron fin. Todas las víctimas fueron degolladas de la misma forma. La bebita, prácticamente decapitada, lo que da idea de la saña y la inconcebible crueldad del matador.

No hubo ningún testigo en lo que entonces eran inmensas soledades. Recién al día siguiente llegó a la casa un peón rural que hacía changas en las chacras de la región y descubrió lo sucedido, dando aviso a las autoridades. En principio se atribuyó lo acontecido a alguna gavilla de gauchos matreros. Pero poco después el peón fue apresado pues andaba ofreciendo en venta a vecinos un anillo de oro que había sacado a la mujer muerta. Su acción delictiva le resultó funesta ya que fue acusado de la masacre y llevado a la cárcel donde permaneció hasta su fallecimiento.

Gente de la región o familiares de las víctimas levantaron siete cruces junto al escenario de la tragedia, elaboradas en hierro forjado como se estilaba entonces. Las cruces se asentaron sobre un hierro central y éste a su vez, se unió a un grueso poste de quebracho que se plantó en la Tierra. Allí permanecen más de un siglo después, oxidadas pero intactas. En el centro se aprecian dos gruesas chapas de hierro. Una con la flecha y la inscripción RCIP por Requiés-cat in pace. La otra dice “Muerta a los 40 días”. Los cuerpos no habrían sido sepultados allí sino en el cementerio de Bustinza que era la localidad más cercana que existía en la zona. La casa quedó abandonada y pronto fue una tapera. Hoy nada queda de ella pero hasta hace algunos años los arados extraían todavía restos de vidrios, ladrillos y trozos de metales al roturar la tierra.

El hermano del chacarero asesinado acude frecuentemente a principios de siglo pidiendo permiso a los nuevos dueños del campo para repintar las cruces, mostrando profunda aflicción. Luego según algunas versiones fue quien levantó una capilla cercana donde todos los días 6 de abril se invitaba a los pobladores de la región y se oficiaba una misa por los asesinados.

Mucho tiempo después, a fines de la década del 20, este hombre enfermó de gravedad y fue trasladado a Rosario. Decían los lugareños que pese a que parte de su organismo ya estaba descompuesto, no podía morir. En estado desesperante pidió un confesor pues afirmaba que lo atormentaba una culpa muy grande. Una versión indica que el sacerdote le explicó que debía hacerlo en presencia de otro religioso y entonces acudió un policía disfrazado con sotana. En esos postreros instantes el enfermo habría declarado ser el matador de toda la familia del hermano con el propósito de quedarse con sus tierras. Con la tremenda incógnita sobre la veracidad de esa confesión que conoció todo el pueblo, se cerró este sangriento capítulo de la historia del crimen.

A pocos kilómetros de las cruces y prácticamente sobre un camino público encontramos la capillita en desuso. Nichos vacíos a sus cos-

tados muestran el sitio que alguna vez ocupara la imagen de una virgen. A través de una pesada puerta de hierro con pasador, totalmente oxidada, se gana el pequeño recinto interior también completamente abandonado. En el exterior y en la enmohecida mampostería se aprecia la leyenda “Fundador de la colonia 1874” y dos letras mayúsculas: FD. Gruesos matorrales rodean la construcción. Alrededor todo es quietud y soledad. Muy a lo lejos se adivinan, solitarias y extrañas en el paisaje rural, las siete cruces.

CARLOS ALBERTO DRUETTA nació en Santa Teresa (Totoras) el 22/03/1947. La pasión por la investigación de sus orígenes lo condujo a hallazgos que para perpetuarlos los dejó plasmados en obras de su autoría, los libros: *Siete Cruces de Hierro Forjado* — Primera edición (1998), Segunda edición (1998), *Genealogía... Totoras... La Búsqueda de Nuestros Orígenes* (2004), *Historia de los Orígenes de Santa Teresa de las Totoras y el Crimen de las Siete Cruces* (2013). La Capilla conocida hoy como de la Consolata o de las Siete Cruces, fue declarada Monumento Histórico Municipal, alrededor de cuyo ámbito se desarrolla la novela “El Poblado” del escritor local Diego Bocco, basada en el texto “Historia de los Orígenes de Santa Teresa de las Totoras y el Crimen de las Siete Cruces”.

La Maldición del arroyo Rey

Victor Juan Braidot (75) · Avellaneda

Antiguamente, el Arroyo El Rey que hoy corre entre las ciudades de Avellaneda y Reconquista era el límite Norte de la provincia de Santa Fe con el Territorio Nacional del Chaco, parte del cual, actualmente, integra el territorio santafesino.

En 1872, con el avance del Coronel Manuel Obligado y sus soldados hacia el Norte, estableciéndose en el entonces límite de la provincia de Santa Fe, junto al Arroyo El Rey, los indígenas abipones que habitaban la selva del Territorio Nacional del Chaco, al Norte de lo que ellos llamaban el Ichimaye, veían que los blancos les estaban quitando sus tierras.

Decidieron, entonces, echar a los invasores y prepararon un malón para la noche del 23 de junio de 1872, pocos días después de la fundación de Reconquista, pensando sorprender dormidos a los soldados.

Sus hermanos de sangre, los Lanceros del Sauce, que estaban a las órdenes del Coronel Obligado como soldados, los traicionaron porque le contaron de dicho plan a su jefe.

48 Cuando los abipones llegaron, se encontraron con la sorpresa de que los invasores los estaban esperando despiertos... y comenzó la lucha sangrienta y mortal.

Después de cuatro horas, los indígenas se vieron perdidos y su cacique dio la orden de retirada.

Fueron perseguidos y muertos sin compasión y era tal la cantidad de cuerpos que flotaban en las aguas del Ichimaye que los últimos en cruzar lo hacían por sobre ellos como si hubiera sido un puente humano.

Cuando el cacique y el hechicero estuvieron ya seguros entre el follaje de la margen izquierda del arroyo, mirando hacia él dijeron: —*“Así como nuestros hermanos indios murieron en las aguas del Ichimaye, también los blancos van a morir en ellas”*.

Según la creencia popular, ésa fue la maldición que hace que todos los años alguien muera en sus aguas.

El sacrificio de un hermano

Victor Juan Braidot (75) · Avellaneda

Incliné la cabeza y seguí dando fuertes golpes con la azada a la tierra dura del algodónal que, en ese momento, se había convertido en uno de los principales cultivos del norte de la provincia de Santa Fe.

No quería volver a pensar en lo mismo porque no podría, ya, remediarlo.

A pesar de todo, no pude borrar de mi mente todo un pasado lleno de luchas, de privaciones, de incomprensiones, de impotencia, a partir de la muerte de mi padre.

¡Qué gran hombre era papá!

Desde que nosotros comenzamos a corretear detrás de las gallinas, por el patio, papá acostumbraba volver temprano de la ladrillera de don Riquelme, el vecino. Se sentaba debajo del alero del rancho y, ni bien acomodaba sus pies sobre un tarugo de quebracho, corríamos todos a sentarnos sobre sus rodillas o a acurrucarnos muy cerca, porque sabíamos que su voz grave comenzaría con un “había una vez...”.

Y, así, surgiendo su boca, uno a uno, los relatos, repetidos, muchas veces, pero, no por ello, menos atractivos.

50 Y hubo, luego, un accidente que lo llevó, para siempre, de nuestro lado.

Aquel derrumbe, en el horno número dos, dejó vacía la silla de paja y olvidado el tarugo de quebracho, cubrió de tristeza el patio

del rancho pero, por sobre todo, dejó desamparados a seis chicuelos y a una madre sin más herencia que las paredes de adobe, un techo de paja brava, su recuerdo y... sus cuentos.

Yo era el mayorcito de la familia Pereyra.

—Romildo, tendrás que ir a lo de don Teodoro a pedirle que te deje trabajar en las cosechas.

—Pero, mamá, yo quiero seguir estudiando en la escuela...

—M'hijo, me apena mucho pero tendremos que sacrificarnos. Tus hermanos son chicos y vos... vos tendrás que ocupar el lugar de tu padre.

Mi edad no me permitía comprender todo el alcance de las palabras pronunciadas por mi madre. Un poco para evitar su disgusto o para rendir un homenaje a la memoria de mi padre, abandoné mis cuadernos, mis libros, mis juegos.

Pasó el tiempo.

La azada se turnaba con la maleta.

Me fui endureciendo en el campo. Me hice hombre entre algodones, maizales y girasoles.

Mis hermanos crecieron, terminaron la escuela y todos, uno a uno, abandonaron el campo para ir “a buscar nuevos horizontes”, decían.

No podía negárselo puesto que era yo quien asumió el papel de jefe de la familia.

Me casé.

Un varoncito y una “chancleta” corren ya a mi encuentro cuando vuelvo, cansado, a la puesta del sol, con mi azada al hombro o la bolsa a cuestas.

Todos mis hermanos se fueron a la ciudad. Nunca más los volvimos a ver por el pago.

Me contó Ceferino, el capataz de los Fernández, que los vio, un día, muy bien vestidos, cantando y riendo en una confitería del centro.

—Parece que les va bien la cosa—concluyó Ceferino.

¡Les va bien la cosa! ¡Cuánto me alegro!

Raíces mayores

Me alegro, sí, no porque la ciudad los haya devorado haciéndolos pensar, quizás, que su origen humilde o su pago provinciano son una carga que hay que dejar atrás, que hay que evitar como una vergüenza. Me alegro porque pienso que mi sacrificio no fue inútil, porque, si yo no pude conseguir lo que tanto me gustaba, seguir con mis estudios, por lo menos ellos, mis hermanos, mis... “hijos”, lograron una meta provechosa aunque se hayan olvidado de mí.

Mi azada siguió moviendo la tierra reseca y, con cada golpe, una lágrima caía de mis ojos, no sé si de felicidad o de tristeza.

El mendigo

Maria Elena Gerboni (77) · Calchaqui

Los mendigos poseen de por sí un halo de misterio, que nos lleva a mirarlos con cierta desconfianza.

No sabemos nada de ellos, de dónde vienen, cuál fue su vida y cuál fue la causa que los llevó a convertirse en ese despojo abandonado y sucio.

También le tenemos temor, lo creemos capaces de las mayores fechorías, lo podemos acusar de robo, sin arrepentirnos, sentimos que nos vigilan, que están pendientes de nuestros movimientos. Muy difícilmente los invitamos a nuestro hogar, hasta el más caritativo de los católicos prefiere ignorarlos.

Al costado del galpón del ferrocarril, Pancho había levantado su miserable casucha, con cartones, chapas y bolsas. Había llegado un día cualquiera, de un lugar que nadie conocía, y que a nadie se le ocurriría preguntarle. Tenía el pelo largo, sucio y enredado. Los pantalones mugrientos de un sepia indefinido, estaban atados por un piolín de algodón a manera de precario cinturón. La camisa rota en algunos sitios dejaba ver la piel escamada por la mugre, y los pies metidos en rotos alpargatas apenas cubrían los tobillos ulcerados, seguramente por falta de atención.

Un sombrero deshilachado, cubría a medias, unos ojos oscuros y sagaces, eran lo único rescatable de tan desagradable figura. Al hombre se los conoce por su mirada, dijo en una oportunidad la sabiduría de mi abuela.

Pancho era seguido por dos perros flacos, tan mugrosos como él, era con los únicos que hablaba. Ellos lo adoraban, sólo esperaban el instante en que el pasara sus manos temblorosas sobre sus lomos.

La gente decía que estaba loco, que sólo contestaba con monosílabos, que era casi seguro que no sabía hablar, leer y escribir. La sociedad lo había desechado y no podía volver a ella.

Alguna vecina bondadosa le acercaba un trozo de pan, sobras de comida, y diarios viejos para que tape los agujeros de su choza.

Pero cuando hacía frío, llovía o bramaba la tormenta, nadie lo recordaba, estaba allí, pero no lo veían, era la parte fea del paisaje.

Lo que nadie sabía es, que mientras ellos dormían calentitos en sus casas, Pancho con la luz mortecina de una vela, leía afanosamente todos los diarios y revistas que sacaba de la basura, se notaba que más que matar el hambre de su cuerpo, necesitaba matar el hambre de su alma y de su intelecto.

Hacia aproximadamente cinco largos años que vivía en esa total miseria, por lo que nadie lo hubiese podido asociar con un controvertido caso ocurrido hacia mucho tiempo.

Los muchachos jugaban al fútbol en el amplio terreno ferroviario; habían levantado dos provisorios arcos y se sentían como en un gran estadio. Se encontraban en horas de la siesta, cuando nadie los molestaba, dos por tres se trenzaban en duras peleas, pero luego las olvidaban al volver a casa.

Esa siesta fue distinta, un gol que un grupo reclamaba como nulo, trajo una serie de golpes y pedradas como jamás había ocurrido.

Julio, el pequeño pelirrojo cayó fulminado por un certero casco-tazo en el medio de la frente. Asustado los chicos salieron disparados a sus hogares, temiendo haberlo matado. Pasó un largo rato hasta que uno de ellos se atrevió a hablar y contarle a su padre lo ocurrido.

El hombre desesperado llamó a la policía y al hospital pensando en los padres del pequeño.

Llegaron todos juntos al predio. Julio continuaba desparramado sobre el pasto. Pancho con las manos del niño entre las suyas. El golpe de la cabeza había sido lavado y desinfectado y tenía una compresa que detenía la hemorragia, había vuelto en sí, pero aún daba muestras de confusión.

El médico miró a Pancho confundido, todo estaba correcto. Una caja de zapatos contenía un rudimentario botiquín, y el mayor asombro llegó cuando Pancho con voz profundamente profesional dijo: Tuvo un prolongado desvanecimiento, tienen que controlarlo y hacerle placas para determinar si existe conmoción cerebral.

Levantaron al niño y lo llevaron al hospital, el padre de Julio volvió a agradecerle al mendigo su atención, invitándolo a su casa a comer y bañarse.

Cuando con ropas limpias, afeitado e higienizado se dirigió al hospital a visitar al pequeño, los vecinos lo reconocieron y empezaron a recordar aquella vieja historia. “Famosísimo cirujano, recorría el trayecto hacia su hogar con su hija a quien había retirado del colegio. Una curva imprevista, un camión que cruzó de carril y la pequeña destrozada entre sus manos, no pudo hacer nada por salvarla, toda su ciencia’ no alcanzó para mantener viva a quien era el sol de sus ojos, quien lo impulsaba a amar la vida.” En ese instante todo cambió. Su esposa enloqueció, y hubo que internarla, él se dio a la bebida, pero eso no calmó su dolor, la imagen de la pequeña lo seguía día y noche. Renunció a la profesión, se castigó de la peor forma que podía, su mente febril y atormentada no tenía sosiego. Solo el salvar a Julio pagó en algo su deuda con la vida.

Cuando los vecinos comprendieron que el mendigo era ni más ni menos que el famoso cirujano Francisco Montenegro, desaparecido durante años de las esferas sociales, después de haber donado la totalidad de su fortuna a distintas entidades benéficas, comprendieron que no se puede juzgar a un ser humano por su humildad y aparente ignorancia, porque detrás de cada individuo hay siempre una invaluable historia de vida.

Sentenciada en los 90

Luis Negri (71) · Laguna Paiva

La media mañana otoñal del sábado lo llevó. No sé que raro sortilegio desvió su camino con un destino imprevisto: la antigua estación de trenes. Tal vez fue algo así como el inesperado estallido interior de mandatos contenidos de padres y abuelos ferroviarios en quienes su reloj biológico siempre fue estremecido por la “sirena del taller” que citaba al trabajo cotidiano..., que dejó de ser.

Hoy siente el llamado nostálgico y los recuerdos de tiempos idos que lo conducen a la vieja estación ferroviaria, atraído por el imán que parecían tener las vías y el cobijo del andén que, por sobrevivir, se pelea cada minuto con el tiempo.

Ella firme, de pie, atesorando la histórica esencia de una comunidad con ADN ferrocarrilero: Estación Laguna Paiva. Su soledad, sin retaceos, parecía esperarlo a él.

Este presente lo encuentra caminando con pasos lentos por su andén. El silencio y las añoranzas muestran su imagen edilicia vencida que mira al Este, que sonrió por años orgullosa de haber estado junto al crecimiento de un pueblo ostentando, al nombrarla, su orgullo de ciudad con esencia ferroviaria, con música de ajeteo de trenes.

56 Aun está firme en sus cimientos y paredes para sostener el paso de los años. La estructura que barre el viento, que lava la lluvia e ilumina el sol con incansables gorjeos de gorriones y el “maquillaje” recibido en el intento de preservarla, se hacen ver. Solo eso ha quedado... Solo sordos

murmillos de aquella estación multicolor con bullicio de pasajeros y ruidos de cargas, parecen merodear y acompañarlo mientras la recorre.

El andén vacío, desolado. Viento norte cálido, seco y con tierra o la fresca brisa del sur que incomodaba, la visitaban. La ha fantaseado en penumbras por las noches. Recuerda la luz mortecina del Pueblo Nuevo, al otro lado de las vías, que su alumbrado público resaltaba el tenue brillo de los rieles...

Imaginó al furgón de cola yéndose, bamboleándose, haciéndose cada vez más pequeño como juntando paralelas en un abrazo apretado. Cada vez más cerrado ante la marcha crujiente del tren de pasajeros y al agudo silbido de la máquina como saludando un adiós. El vapor de la locomotora resoplaba por los costados de la negra estructura sin saber que estaba partiendo para no volver, para solo dejar la esperanza, que —tal vez—algún día...! tal vez vuelva... solo tal vez..., por esas dos paralelas brillosas que todavía se dejan ver perderse en el horizonte.

Se decía para él... nuestro sello de identidad pueblerino y ferroviario hace que al menos queden las palabras en clave de remembranzas, enredadas en la espera, las de cada uno: la tuya, la mía, la de aquel. Cada cual con su propia historia para ser contada a los que vienen: escrita, dicha o añorada, que en verdad es también la historia de todos los paivenses, de su pueblo. Es ahí donde se abrazan los recuerdos como un enganche férreo de vagones, con las emociones, porque... “La vida no es lo que uno vive, sino lo que recuerdas y cómo lo recuerdas para contarla”, dice Gabriel García Márque... Sosiego intranquilo de una espera y porque de todo aquello muy poco ha permanecido.

Más aún cuando han pasado los años que se hicieron décadas y ya haber festejado un centenario... Mucho más aún cuando se está lejos de la patria chica, del terruño donde se ha nacido o crecido con sonido de martillos de los talleres y de trenes que se esparcía todo el espacio... Y él siente que, a pesar del tiempo que pasa inexorable, que a los que buscaron otro horizonte, no se han podido desentender de esos tiempos, para poder seguir descubriéndolo, yendo y viniendo por el

andén atrapando un recuerdo tras otro... aunque sea en la nebulosa del imaginario...

Era tiempo de volver a casa. Hasta le pareció sentir a sus espaldas el ruido del tren del norte que entraba frenético con un rechinar de frenos para aminorar su marcha y quedarse inmóvil frente a la estación. No quiso mirar hacia atrás en ese momento. Todo eso había terminado... ya no más trenes... No había más trenes!... balbuceaba silencioso... ¡los trenes ya no están...!, se decía.

Aun así, sabe que lleva esa impronta ferroviaria que es y será de todos los paivenses. La vieja estación sigue siendo sin ser. Es como un faro que siempre está como signo y símbolo de espera, a pesar de la penumbra que la envuelve cada noche, a pesar que su otro frente mirando al Este, se hizo rostro de otro servicio, sin vagones, con ruedas de caucho, sin campanas ni silbatos del guarda que anuncien la salida del nuevo transporte, como fuera antes con el tren local.

Solo hay que saber mirar para encontrar los destellos de luz del faro en sus giros completos. Ella, la vieja estación, acompañará los sueños de progreso y esperanza, silenciosa, con mucha fe, para transformar la realidad sobre un camino de rieles que circunvalen la ciudad y lleguen al Norte, lejos, trayendo de la mano otra prosperidad.

...El Plan del Norte: estrategia de los gobiernos en busca de la reactivación ferroviaria para un desarrollo sustentable... Oportunidad después de tanto. La vieja estación espera volver escuchar las voces de aquellos tiempos, en otras voces, nuevas, jóvenes, en un salto cualitativo que la comunidad aguarda. La esperanza está en el tiempo para lograr generar los beneficios que todos necesitamos, mientras la estación Laguna Paiva irá reviviendo y en sus muros vuelva a encerrar traqueteos de vagones en la joven década del siglo XXI.

58 Sumido en sus pensamientos, el saludo de vereda a vereda lo vuelve a la realidad.

—¡Hola Samuel... Buen día! ¿Paseando?... , con algún recuerdo seguramente... o con pensamientos de jubilado, como los que todos

“viejos” tenemos..., le dicen sonriendo.

Responde al saludo levantando su mano. Se hace tarde. Vuelve a casa. El sol del mediodía no apaga la ilusión que lo embarga por imaginar la estación como algún día deberá ser, rejuvenecida con la caricia del ir y venir de los trenes. Piensa en ese candado que aprisiona una puerta que se muestra como un agravio a una ciudad. Piensa: “...pero el día que lo abramos surgirá la oportunidad tan anhelada y todos los paivenses podremos decir: “¡Ya no más ´90...! Estación de Laguna Paiva...”

Presiente que la profunda herida de aquel discurso presidencial comenzará a cerrarse, el lacerante daño de una frase dicha como amenaza sutil: “... ¡ramal que para, ramal que cierra!” ... dicha en el centro de nuestra propia plaza, que dolió como una traicionera bofetada a la esperanzada ilusión de un pueblo.

Repasó nuevamente con la mirada la vereda que se ofrecía para su andar. Se distrajo con una huidiza hojarasca apelotonada, metida en un rincón, que perfilaba un incipiente remolino de tierra y hojas. Se sonrió con esa felicidad de viejo obrero ferroviario, a sabiendas de la tenue fugacidad del presente y se aferró a él. Parecía que los muros le decían: *carpe diem!*... ¡¡Vive el momento!!...

Porque el pequeño remolino trajo una parte pequeña de diario que se detuvo en el rincón del muro. Lo miró. Alcanzó a leer “Se conocieron los coches y locomotora que unirán Laguna Paiva-Santa Fe”... Lo hizo nuevamente para estar más seguro todavía... Luego, como para contárselo a todos, el viento se llevó la noticia en un trozo de papel en vuelo.

Siguió su camino con una sonrisa que hicieron enturbiar la mirada de sus ojos y en su imaginario volvió a relucir la vieja estación ferroviaria de Laguna Paiva, “La heroica” ... “Somos trenes y somos dos vías paralelas...” se fue pensando.

Llegó a casa, abrazó fuerte a su esposa y le dijo:

—Vieja... Siento que somos un pueblo ferroviario constructor de destinos, en busca del renacer después de tanta lucha... Me estremece el solo pensar en ser los pasajeros del primer viaje...

Non rompere le uova

Luis Negri (71) · Laguna Paiva

La casa paterna. La abuela italiana...Recordarla es como volver a ser niño. Era un gran espacio de identidad y cultura familiar de aquellos tiempos paivenses, con 50 metros de fondo...!

Donde terminaba la casa no faltaba la planta de limón, las naranjas, las mandarinas... sobre la medianera del vecino otra de “manzanitas” —que hasta casi verde se comían— y la tan preciada granada. A veces entre los yuyos crecía una plantita de pisingallo que celosamente cuidábamos.

El límite del patio hecho de firme alambre tejido, sostenido de palos, otros alambres y maderas, con su puerta de hierro amplia, fuerte, era inicio de ese límite, del corral que seguía hasta el final, comienzo de la parcela del vecino.

El cañaveral del fondo, sobre un costado, anunciaba el extremo final del terreno y algún que otro pequeño árbol acompañaba, propicio para los nidos que naturalmente se sumaban a los “construidos”. Era el lugar de la casa llamado “gallinero”.

Había de todo tipo y color, eran muchas, lindas y curiosas gallinas.

60 La siesta veraniega del viejo pueblo ferroviario era para el descanso de los obreros y empleados. El deseo y la impaciencia eran dueños de los chicos por querer salir a jugar sin tener miedo al “duende de la siesta”, que pasó a ser solo un mito. En ese devenir, el cacareo de las gallinas —que le ganó a la distracción por remendar la pelota o seguir

construyendo la cometa— era inconfundible señal para correr al nido en busca del huevo: ¿Era la bataraza de las cañas? o la colorada que puso en el nido de madera que construyó papá!?... El gallo blanco, altanero, guardián, malo, atento, siempre al acecho para picar.

A esa provocación se le devolvía, a la hora de darles de comer maíz... Así: tirándole de a uno!, hacia un lado, al otro, cerca, lejos, con amague sin darle... ¡que lo busquen!... pero el astuto respondía rápidamente y en su pico agudo desaparecía el grano y al instante esperaba otro...

Antes de llegar al nido nos preguntamos: ¿Serán color crema amarillado, blancos, o verdes suave, o como un tenue celeste?...

Había que sacarlos del tibio nido cuidadosamente para no romperlos y sentir la sensación de calor que pasaba a las manos.

La tarea a realizar en casa no se negociaba: moler maíz entero en la máquina, girando a mano su manija. La lata de dulce de batata esperaba el “afrechillo” (cáscara de la semilla de trigo molida) y el agua para hacer la pasta que sería alimento también... Y agua fresca!!, transportada en el pesado balde de metal desde la bomba de mano.

En el “mientras tanto” estar atentos, espiar los nidos sigilosamente, escuchar, listos para la búsqueda, estar pendientes de un nido nuevo, desconocido, no vaya a ser que los huevos queden ahí y “la clueca” los empolle.

Al momento de juntarlos no teníamos el delantal como la abuela o mamá, ni la habilidad para hacer un “bolso” tomándolo del extremo con una mano plegándolo, mientras el otro se sujetaba por la cintura y los acomodaba en el interior con la otra para luego acarrearlos. El multiuso delantal de la abuela: protección del vestido, “proveedor” de aire para avivar el fuego de leña, esencial guante para alzar la pava caliente... y cuantas veces secó lágrimas y limpió caras sucias...

Cuidadosamente ella llevaba en su delantal los huevos y hasta los pollitos... Pero nosotros teníamos que ir llenando delicadamente la cesta de mimbre y al depositarlos nunca olvidar la sabia recomendación: “¡Non rompere le uova!..., con cuidado!”

Raíces mayores

De esa forma debía ser, pues de lo contrario era como romper e interrumpir el eslabón que daba inicio a un nuevo ciclo de vida, de tareas de niño a cumplir, de responsabilidades, del premio del huevo duro con una pizca de sal en su yema, o el frito, o la tortilla, o ese que, por el agujerito que le hacíamos, dejaba salir su blanca clara coagulada por el agua hirviendo.

El recuerdo me llevó a aquella niñez de otro tiempo, de nostalgias por días de infancia perdidos que también hicieron a la madurez que se gana día a día, que —sin saber— auguraron bendiciones...

Hoy ya no se llama el cacareo de gallinas ponedoras, sino el metálico sonido de la caja registradora o la danza de números de la PC del mercadito o el supermercado para pagar la compra de los huevos. Ellos —los huevos— sí conservarán la impronta de saber que nosotros sabemos muy bien que...: ¡¡No hay que romper los huevos...!!!, pues son una maravillosa fuente de nutrientes, parte de una dieta saludable...

¡¡No hay que romper los huevos!!, ¡¡non rompere le uova!!... pues debemos mirarlos como un producto de un ambiente sano, donde reina la libertad de crianza de las gallinas en nuestro gallinero, que el verde de la alfalfa y otros verdes junto al maíz, sin contaminación, son más que sobrados argumentos para tener precaución y decir: Por favor, tengan cuidado: ¡¡no rompan los huevos!!...

Amanecer

Gladys Sisterna (75) · San Javier

La noche de verano, calurosa y llena de mosquitos va llegando a su fin.

Comienzan a retornar a sus andanzas habituales los distintos habitantes de las islas.

Diferentes trinos y voces se escuchan.

El viento norte sigue aullando en la cumbrera del rancho y aquel viejo pescador aparta el mosquitero y se dispone a matear.

Distintas tonalidades pintan el naciente, la luz avanza imparable, prepotente.

El anciano, con parsimonia, va a recorrer sus espineles en el caluroso amanecer... como siempre.

Y se empacó nomás

Elida Ilda Wingeyer (79) · San Javier

Cuando salía a arriar la vacas que estaban pastiendo cerca de la laguna, siempre montaba a la yegua blanca, porque era muy mansa y yo podía trotar tranquila con ella.

Pero tenía un defecto, aunque a mí nunca me había pasado hasta ahora.

Andaba de recorrida juntando esas traviesas vacas que estaban pastiendo bien en la orilla y no me hacían caso.

Así que aprovechaba para hacer un trote juguetón bien en la orilla para salpicar y de paso refrescarme.

 Mi sombrero no me cubría del fuerte sol del mediodía .

 Traspiraba a más no poder y las muy ...no querían salir ante mis chistidos y mis gritos...¡Vaca, vaca, vaca!

 Como ya se hacía la hora de regresar, tuve que meterme con la “blanca” al zanjón!

 Y qué hizo la muy...desgraciada!

 ¡Hizo la suya!

 ¡Comenzó a recular, recular, recular!

 Llegó hasta el medio del zanjón donde el agua le cubrió la mitad de la panza.

 ¡Y yo arriba!

 Ahí se quedó, un buen rato.

Yo... ¡Muda!! Temblando de miedo. !Hasta el calor del mediodía se me pasó;

El empaque le duró como diez minutos.

Mientras tanto las vacas tranquilamente fueron saliendo del agua y la “blanca” muy oronda salió por atrás de ellas.

Conmigo muy calladita.

Y la fama de reclusa persistió.

Cuando pasaba el tren

Alba Marjorie (79) · Santo Domingo

Corría el año 1954, con doce años de edad había comenzado mis estudios secundarios en la Escuela Normal Mixta de la ciudad de Esperanza. Los días viernes, por suerte, volvía a mi casa con mi hermano mayor que ya estaba cursando tercer año.

¡Cómo extrañé esos primeros tiempos las caricias y los mimos de mis abuelos maternos con los que me había criado aquí en mi pueblo! Pero mis deseos de ser maestra normal pudieron apaciguar mis añoranzas de adolescente.

Para volver a iniciar la semana debíamos tomar un colectivo que pasaba el domingo por la mañana muy temprano. Hasta que las lluvias del otoño asolaron el primer fin de semana del mes de mayo y como la ruta era de tierra sólo me quedó la alternativa de volver con el tren que venía del norte, los sábados por la tarde. ¡Toda una tragedia! Mi hermano ya lo había experimentado varias veces, pero para mí ese sábado fue fatídico.

Llegó la hora anunciada y me demoraba simulando acomodar mi equipaje cuando los gritos de mi mamá se confundieron con el silbato del tren que a dos cuadras me estaba llamando sin lástima.

66 Corriendo alcancé a mi hermano y llegué a esa estación de ferrocarril con su cartel “PERICOTA” que siempre visitaba con mis amigas curiosas y entusiasmadas para observar sus vagones y sus dos coches de pasajeros, todo como un gran espectáculo impregnado de un aro-

ma especial que lo caracterizaba y distinguía de los lugares que solíamos frecuentar. ¡Ese sábado lo divisé horrible y amenazante!

Se borró de mi memoria el momento en que el tren comenzó a marchar, quizás porque mi corazón lo eliminó; hasta que llegamos al gran puente que cruzaba ese río salobre al que debía su nombre: río Salado, entonces reaccioné y luego hasta llegué a admirar una llanura inmensa que remató el largo itinerario.

Un sacudón de mi hermano me llevó a la realidad: habíamos llegado a la localidad de Recreo, el tren marchaba muy despacio porque los que estudiábamos en Esperanza nos bajábamos en el cruce con la ruta que iba a esa ciudad para continuar el viaje en colectivo. Mi hermano me recomendó: Tené cuidado porque tenemos que saltar para bajarnos.

Pero como nunca hay camino favorable para el que no sabe adónde ir, me tiré del último escalón, pero en vez de hacerlo en la dirección que marchaba el tren, lo hice en dirección contraria y me caí dando varias vueltas en el pasto. Me levanté lo más rápido posible, con la agilidad propia de la edad, y dando escasa importancia a lo ocurrido, seguí mi trayecto. Ahora lo recuerdo como una anécdota graciosa ya que aprendí que ser feliz no es tener un cielo sin tempestades, ni caminos sin accidentes, y que gracias a lo vivido recordaré siempre que alguna vez fui niña y que ahora que ya no camino a prisa no lo hago para no tropezar como entonces, sino para no tropezar con el descontento.

25 de mayo es mi calle

Marta Elena Valarolo (79) · Suardi

Mi calle tiene un no sé qué:

Es mi calle, es mi barrio, sobre todo es patriótica, mi calle tiene buena gente.

Personas y personajes imposibles de olvidar, ya pasaron a un mejor barrio, libre de todo mal.

Gente que yo amaba y respetaba como la mayoría del barrio:

Si digo Matilde, me refiero a Matilde Bossio de Gatto, de andar sereno, con un jardín variado, único. Se notaba la esencia de su amor.

Rodolfo y Enrique Renna, emanaban amor. Un mano a mano acompañado siempre de un chiste o una anécdota, vecinos con todas las letras.

Si digo tío José , me refiero a José Mandrile, nuestro segundo padre. Imposible olvidar las visitas por las mañanas , consejero de palabras precisas y presente en momentos claves.

Letty la “Popular” , Leticia Luz de Manzur, “la polaca”, así le dice mi esposo, dinámica, una máquina de fabricar palabras, auténtica , directa al momento de una crítica, alegre, solidaria y “chinchonera” .

Si digo Pita, digo Irma Godone de Borgogno, coqueta, femenina, impecable con sus sombreros, su estilo particular y personal, bailarina con presencia.

Quien no conocía al Popular Hugo Capellini? Hugo, ejemplo de vida, con un corazón que le costó poder domarlo, pero de a poco fue

amansándolo, para recorrer un largo camino con su esposa. Amigo de pescas, compañero de viajes , un gran silbador, de los pocos que se escucharon silbar en Suardi.

Recuerdo, personas amadas y recordadas, que ya no están , como Adela, Chola y Amalia Aimé. Tres hermanas imposible de describirlas y no tenerlas en cuenta. Las recuerdo de esta manera, conversadoras, solidarias y de bajo perfil, Adela. Dulce por su forma de ser, Amalia gran cocinera, Chola famosa por ser el único quiosco barrial de la época.

Por último, dos mujeres con mayúsculas que quiero destacar y recordar: María Rainaudo de Tonini, mi querida María y Telma, mi hermana , una pérdida inesperada en el barrio, una parte de mi vida que se evaporó.

Esta es mi calle...

Este es mi barrio...

El convento

Graciela Ribles (60) · Santo Tomé

La pandemia robó tantas cosas. Casi arrebató mi vida, pero aquí estoy con Santiago, mi nieto.

Visitando los lugares históricos de mi bella Santa fe.

Entrar al convento de San Francisco ubicado en el sur de la ciudad es como volver al pasado.

Tenía cinco años cuando por primera vez mi padre me trajo. Después volví muchas veces atraída por la magia del lugar.

Santi toma mi mano con fuerza intimidado por las figuras de cera, le explicó que no son personas reales.

Son los congresistas de 1953 que declararon la constitución.

Salimos a un patio interno donde hay una galería, las columnas de madera están opacas por el sol, las flores y el canto de los pájaros embellecen el lugar.

Es el año 1824 los frailes caminan apresurados al comedor, hace varios días que llueve, el río ha crecido y el camalotaje se acumula en la orilla de la barranca que rodea el ala sur del edificio.

El ruedo de sus túnicas se ve húmedo, han estado ayudando a algunos lugareños afectados por la inundación.

70 Los pobres son los que más sufren dice siempre el padre Juan.

El día se acaba, después de cenar cada uno en su celda de reclusión hará sus oraciones.

Todos duermen, el ruido de una ventana que golpea despierta al padre Juan. Enciende una vela y sigue el sonido, viene de la sala de visitas. El piso está totalmente mojado al igual que los muebles cercanos, por la mañana vendrá a limpiar. Asegura la ventana con el pasador, cierra la puerta y vuelve a acostarse.

El fraile no advierte el brillo de unos ojos en la oscuridad. Un hermoso ejemplar de yaguareté entró por la ventana, tiene hambre y no ha comido en días.

El animal se recuesta en un rincón pacientemente esperando su presa.

Al término de la misa Juan llama al hermano Jacobo y Andrés para que lo ayuden a limpiar el desastre de la noche anterior.

El padre Jorge como hermano guardián del convento le comunicó que por la tarde el Brigadier vendrá a confesarse con el arzobispo y usarán la sala de visitas.

Juan abre la puerta porque Jacobo y Andrés tienen ocupadas las manos con los enseres de limpieza. Se acerca a la ventana la madera que rechina, unos tibios rayos de sol entran al recinto parece que al menos por hoy no lloverá.

El inesperado grito de Jacobo, seguido de un gruñido alertan al cura, pero es demasiado tarde

el yaguareté con dos certeros zarpazos lo ha degollado.

Andrés retrocede espantado haciendo caer un cáliz de plata, el ruido alerta al animal que salta con furia sobre él, ocasionándole heridas letales.

Juan trata de huir en busca de ayuda pero el felino no está dispuesto a dejarlo escapar, con una de sus garras lo hiere en la pierna a la altura de la arteria femoral. la sangre sale a borbotones, con lo poco que le queda de fuerza sale y cierra la puerta evitando una masacre.

Sus hermanos lo encontraron ya sin vida.

Abuela, abuela, el pequeño dedo de mi nieto recorre la marca que dejó ese día el yaguareté en la mesa del convento, exhibida y ubicada en la misma habitación.

Raíces mayores

Una sombra atraviesa la sala, la pequeña ventana de madera se cierra.

Vamos Santiago el abuelo nos espera afuera, el helado ¿ lo quieres de chocolate?

Al salir sonrió, el convento ha hecho su magia una vez más.

Una Experiencia personal

Ester María Mangini (76) · Suardi

Mi nombre es Ester María Mangini, nací en una colonia llamada La Sarita, Dto San Cristóbal, a unos 45 km de Suardi. Hoy, después de vivir 50 años en la zona rural, hemos hecho con muchos esfuerzos, digo, hemos... porque junto a mi esposo, Elio Ribodino, logramos tener nuestro hogar, en la localidad de Suardi, departamento San Cristóbal, provincia de Santa Fe.

En el año 1993, llegamos a vivir una situación diferente, cobijados en un manso pueblo lugareño, que nos recibió con los brazos abiertos conociendo a personas maravillosas, donde todos nos damos la mano.

Un día, el párroco del lugar, me invita a que participe con un grupo pequeño, a la tarea de visitar y llevar la eucaristía a las personas que no podían llegar a recibir dicha Comunión en la Misa Dominical, por esta actividad fui ordenada con el Orden de Ministros Ordinario (Previa preparación).

Una vez, al llegar a un domicilio de una amorosa anciana de 90 años, me encontré con la noticia que estaba muy grave, pasé al dormitorio a verla, ya no podía recibir la Eucaristía, estaba en estado de coma. Comencé a orar, orar por ella, luego puse en conocimiento al sacerdote lo ocurrido y a la tarde siguiente lo acompañé a verla. Llegamos, él le toma la mano y le pregunta, muy despacio al oído, si lo escucha que apriete su mano, después de un momento la abuela Do-

Raíces mayores

minga, que así se llamaba, aprieta la mano del sacerdote, oramos por su salud, pasan 2 días, y nos visita el señor Obispo de la Diócesis de Rafaela, Monseñor Francini, y lo llevamos a visitarla, ya que era una persona muy generosa, ejemplo para muchos, y cuál fue la sorpresa... encontrarla desayunando en la cocina de su casa, y con inmensa alegría para ambos, recibendonos con su cordial afecto...charlamos un buen rato, y doña Dominga vivió hasta los 96 años. La Misericordia y los Milagros suceden cuando hay FE, ya que el mismo médico le había observado a la familia que no tenía más nada que hacer.

Esta verdadera historia, la recuerdo con mucho amor, los que vivimos en contacto con lo Divino, tenemos, en la vida muchos de estos momentos que enriquecen el alma.

Este es un caso experimentado personalmente y lo recuerdo tal cual, con el mayor respeto que se merece, me despido.

La historia de un chico que hoy tiene 95 años

Eligio Ghiberto (95) · Santa Fe

*(o como dice mi nieta, “Recuerdos en
piamontés de un niño en el campo”)*

Mis abuelos Giácomo Ghiberto, hijo de Giuseppe Ghiberto y Ana Barberis y su esposa Rosa Alosa, hija de Piero Alosa e Isabella Mantelli. Viajaron con sus tres hijos, Ana, Giuspin y Elizabetta, de sólo 17 meses. Vinieron en épocas de guerras y hambrunas con pocas pertenencias pero con mucha esperanza. El día 15 de septiembre de 1889 embarcaron en el puerto de Génova y tras navegar durante 28 días llegaron al puerto de Buenos Aires. Una vez allí, se alojaron en el Hotel de Inmigrantes hasta que los destinaron a la Provincia de Santa Fe, específicamente a Colonizadora de Córdoba, una colonia que pertenece a Jacinto Araoz, lugar donde bautizaron al nono Antonio, mi padre, y creo que también al resto de los hermanos, tío Pietro, tío Vicente, tío Manuel y tía Francisca. Los abuelos Giacomo Ghiberto y Rosa Alosa, con los cinco hijos más chicos vinieron a Sunchales en la década de 1910 y fueron a un campo que era propiedad de Marcos y Bautista Schierano. En ese lugar, en el año 1921, apenas 30 años después de pisar suelo argentino, falleció mi abuelo Giacomo. Después de esa muerte, en un campo vecino, mi papá Antonio iba a empezar una historia que iba a traer muchas vidas en Argentina: se puso de novio con Emilia, mi mamá, con la que luego se casó en abril de 1918

e iban a dejar una descendencia que hoy llega ¡a 96 personas nacidas en Argentina!

En el año 1923, mi padre alquiló un campo de Steigleder hasta 1930; todavía conservo el contrato firmado por mi papá. Un contrato leonino, como los de aquella época, con muchas exigencias y abuso de la patronal aprovechándose de las necesidades de la gente. En ese campo había una casita muy precaria hecha con ladrillos de adobe y con piso de tierra. En esa casa nací un 3 de agosto de 1926. Mi único recuerdo de ese lugar es que una vez había llovido muchísimo y se llenó de agua y mi papá puso un tablón largo para que podamos caminar sin mojarnos de una pieza a otra. En 1930, arrendó otro campo de 265 hectáreas. Recuerdo aún hoy esa mudanza, hace 93 años: fuimos con un carro con leña y había muchos mosquitos. Ese campo quedaba a 10 km de Sunchales y pertenecía a Enrique y Lucía Michelini; aún conservo los contratos de aquella época; no se hablaba de hectáreas sino de cuadras o cuadrados y de concesiones. Una concesión equivalía a 20 cuadras, o sea 32 hectáreas y media.

En el campo se hacía una parte agricultura y otra parte animales. El alquiler se pagaba una parte en especies y otra parte en efectivo. No sé cómo se arreglaba mi pobre padre con tanto campo. Éramos chicos, Santiago tenía 11 años, José 8, Odilia 6 y yo 4. En épocas de siembra y de cosecha ponía un peón. Uno de ellos era José Raspo, que era medio tímido, y los domingos en vez de ir a pasear se ponía a afilar las rejas del arado. Otro peón era el tío Juan Bonfanti. Los chicos hacían lo que podían, a partir de los 7 ya aprendimos a ordeñar la vaca. Teníamos un tambo donde ordeñamos a mano 40 o 50 litros por día. La leche valía 5 o 6 centavos el litro y había que acarrear hasta la cremería que estaba a 7 km. Sacábamos más o menos 1,30 a 1,40 pesos por día.

76 Mamá criaba gallinas, se levantaba a las 3 de la mañana para amasar y hornear el pan, luego se iba a ordeñar unas vaquitas. Hacíamos la quinta, o sea la huerta, también criamos algunas ovejas y con eso se vivía. El carnicero pasaba a lo sumo una vez por semana. Heladera

no había, la carne se ponía en una fiambarrera y se bajaba al pozo que era más fresco. Al vino se ponía en una botella y con un canasto se lo bajaba al pozo para que se enfríe.

A la escuela íbamos a caballo o en sulky. A veces con los vecinos, que eran los Mitri. Santiago y yo fuimos hasta sexto grado, pero mis hermanos Chiche y Oda fueron solo hasta cuarto grado. Era mucho sacrificio para la familia ir hasta la escuela desde el campo. Así fue pasando el tiempo, hasta que en el año 1933 nació Neva. Yo tenía 6 años y ni estaba enterado del embarazo de mamá; una mañana nos despertó papá con la noticia que mamá había comprado una nena. Con Oda la cuidamos. Dormía en una cuna y una vez recuerdo que hamacando la cuna con los pies se dio vuelta la cuna y la Neva quedó debajo. Con la Oda nos escapamos al monte a escondernos hasta que pase el enojo de mamá. La diversión para jugar, era hacer corralitos con palitos, los huesos eran animales. Yo me subía al techo del galpón y hacía carreras con bolitas de paraíso, jugaba con una pelota de trapo o de una vejiga de chanco.

Así fue pasando el tiempo hasta que en 1936 y con 9 años empecé la escuela. Íbamos con Odilia en sulky al Colegio de Monjas con jornada completa. Llegábamos siempre tarde porque quedaba a 10 km y la yegua no trotaba nada. Llevaba una bolsa de alfalfa para el caballo y comida para el almuerzo, comíamos en la escuela. Yo apenas sabía algo de castellano, me crié con el piamontés, ¿cómo me las arreglaba? No sé. Una vez me dieron 20 o 30 centavos para comprar queso para el almuerzo. Cerca del colegio había un negocio de ramos generales, o sea, despensa, almacén, ferretería, tienda. Era la primera vez que iba a una tienda, me preguntaron “¿Qué buscás?”, y yo le dije que me dieran 30 centavos de queso. jajajaja! “No, acá no, tenés que ir allá al almacén”. ¡Qué papelón! Pero qué vamos a hacer, los chicos del campo no sabíamos cómo funcionaba el pueblo, íbamos poco; si había eventos en Sunchales como fuegos artificiales o de más grandes, el corso.

Así que en 1936 cursó primer grado en la escuela de las monjas, mi maestra era Sor María Gema, era descendiente de italianos y me entendía si yo hablaba en piemontés. ¡Era buenísima! Me quería mucho. Ese año habré ido 4 meses que por 20 días por mes, por 10 km de viaje de ida y 10 km de viaje de vuelta ¿Cuánto suma? Nada menos que 1.600 km ¿qué les parece? Siguiendo con las cuentas, ¿cuántas horas de viaje? Una hora de ida y otra de vuelta, saqué la cuenta y en 80 días son 160 horas de viaje. Hoy se haría en menos de la mitad, claro que 80 años después, pero era lo que había. Al año siguiente, en 1937, la cosa mejoró bastante, porque me pusieron en pensión en lo de tía Cándida Maza. Pagaba 4 pesos al mes. Iba a la escuela San Carlos en doble turno. Yo estaba feliz porque me resultaba fácil. Aún conservo el boletín con muy buenas notas; hoy lo muestro con satisfacción y orgullo. Por la tarde, después de clase me iba al campito a jugar a la pelota con los chicos del barrio: el negro Seguro y el Héctor Colaso. Este tenía una hermana, muy bonita, que todavía vive, yo decía que era mi novia pero ella no sabía nada, jajaja! A mí me gustaba mucho ir a la escuela; allí me hice muchos amigos, los hermanos Helder, Dover y Walter Miretti, Yolando Armando Strasser, los Montesein, Bulher y tantos otros.

El Colegio San Carlos estaba ubicado en la Avenida Belgrano, donde hoy funciona la Sociedad Rural y el Correo. Toda la manzana pertenecía a la parroquia, tenía una canchita para jugar al fútbol y el Padre Beso jugaba ahí con nosotros con la sotana puesta. En aquella época los curas no sacaban nunca la sotana. Era buenísimo y recuerdo que fumaba cigarrillos Fontanares. A mí me mandaba a comprarle los cigarrillos, valían 35 centavos y me daba 40, los cinco de sobra eran para mí y yo me tomaba un heladito. Los fines de semana me iba a casa al campo, no siempre. Ya para Octubre abandonaba la escuela porque tenía que colaborar con los trabajos de cosecha, haciendo de boyero, ordeño, llevar la leche a la cremería, ayudarle a mamá con las gallinas, en fin, todo lo concerniente a los trabajos de campo siempre dentro

de las posibilidades de un chico. A mí mis padres siempre me trataron con cariño y por eso es que yo a mis hijos siempre los traté con cariño y por eso me lo están devolviendo con creces. Y así fue transcurriendo el tiempo y llegó el año 1938, nuevamente en el colegio San Carlos con el maestro Aresca, tuve muy buenas notas pero el ingreso fue el 1 de junio debido a que tenía que colaborar en la época de siembra y el 30 de octubre tuve que regresar. Fueron solamente cinco meses de clases pero igual pasé a cuarto grado.

Recuerdo una anécdota de ese período. Resulta que en aquella época los italianos festejan el 20 de septiembre como fecha histórica por “la toma de Roma” y muchos padres italianos no mandaban a sus hijos a la escuela. Recuerdo que era día lunes, el fin de semana me había ido al campo y llovió, y el 20 falté a clases. El día martes 21 fui a la escuela normalmente pero cuando llegó la hora del recreo apareció el cura Tacca, que era el director, y a todos los chicos que faltaron el día 20 nos dejó sin recreo. Éramos unos 10, nos llevó sin entender razón a una galería larga con piso de ladrillos medios rotos y allí de rodillas nos hizo estar media hora con un libro abierto leyendo; el cura iba y venía caminando delante nuestro. ¡Qué bronca! Esa fue la mancha más negra de toda mi niñez, por injusta. Igual me fui a casa con mi boletín de 3° grado aprobado, con muy buenas notas.

En aquella época, la cosecha, ya sea trigo o lino, se cortaba con máquina espigadora, con vagones, todo tirado por caballos. Se hacían parvas todas diseminadas por el campo. Se necesitaba mucha gente: dos vagoneros, un pistín, un maquinista y un parvero. Se trillaba y se embolsaba en bolsas de 65 kg que se apilaban en el galpón y luego se llevaban al pueblo en carro. El carro lo tiraban 5 o 6 caballos y cargaba más o menos 60 bolsas por viaje; se llevaban a 10 km de distancia, se salía a las 3 de la mañana y se volvía a las 12, por la tarde cargaban para llevar otro carro al día siguiente. La década de 1930 fue muy dura, habían derrocado al presidente Irigoyen y entraron los militares Uriburu y Agustín P. Justo, un desastre, como siempre los militares. El

Raíces mayores

trigo valía muy poco, entre 3,50 y 4 pesos por quintal. Muchas cosas cambiaron desde ese momento, pero creo que la torta sigue mal repartida como entonces, hay mucho para pocos y poco para muchos. Con Oda —ella tenía 10 años y yo 8— éramos los encargados de llevar la merienda que consistía en chorizos en grasa, queso, dulce de membrillo y una pava grande de mate cocido. Ellos comían en la sombra de la parva, luego si sobraba comíamos nosotros. Al momento de terminar de emparvar, venía la máquina trilladora con motor a vapor, tenía una casilla rodante para el cocinero, donde guardaban comida y bebida. Nos gustaba porque había un tipo de gaseosa que le decía “la chinchibira”, que valía 20 centavos y a veces nos tomábamos una. Todavía se habla de la crisis del 30 y yo la viví y sobreviví. Me siento afortunado de haber vivido tanto y de poder recordar todas estas historias de una vida tan distinta a la que se vive hoy.

Breve cronología de hechos que marcaron la vida de San Javier

Eugenio Jose Musacchio (96) · San Javier

- ▶ En el año 1878 se da por terminada la construcción de la Iglesia. Actual Santuario San Francisco Javier.
- ▶ En el año 1883 se completa el campanario de la Iglesia San Francisco Javier, con dos campanas una con 295 Kg. Y la otra con 175 kg.
- ▶ En 1883 se da por concluida la obra del Edificio Policial. Donde hoy presta servicios. Actual Unidad Regional N° 14.
- ▶ En el año 1899 se fundó la Escuela “Gral. José de San Martín, hoy llamada Escuela chica.
- ▶ El día 13 de Setiembre de 1904 se fundó el Centro Social.
- ▶ El día 13 de Junio de 1905 es el pico de la creciente más alta registrada hasta hoy.
- ▶ En 1911 se construyó el antiguo Hospital local. Hoy “Hogar de Ancianos Nuestra Señora de la Merced”, gracias a gestiones realizadas por las damas de beneficencia.
- ▶ En Julio de 1912 se colocó el reloj en la torre del campanario en el actual Santuario, donado por la Sra. Rosa Favaut viuda de Oller.
- ▶ En el año 1914 se concretó la obra del ramal del ferrocarril en nuestra localidad.
- ▶ El 17 de Junio de 1914 se fundó la Escuela “Juan Bautista Alberdi, escuela grande como se la llama hasta estos días.

Raíces mayores

- ▶ En el año 1915 se inauguró el Bco. de la Nación Argentina, funcionando en el edificio que actualmente lo hace.
- ▶ En el año 1919 se dan los primeros pasos hacia la luz eléctrica. Ese año un grupo de empresarios se unen para concretar el suministro de luz a la localidad, algunos de ellos fueron Luciano Bugnón, Juan Morgan, Francisco Greca, Pedro Gómez Morera, entre otros.
- ▶ El 12 de Junio de 1921 se fundó el “Club Atlético Huracán”, siendo su primer Presidente: Santos Sacarías.
- ▶ El 1º de Junio de 1938 se fundó el “Club Atlético Central”, siendo su primer Presidente: Jorge Ayala.
- ▶ El día 1 de Octubre de 1939 se fundó la “Escuela Florián Paucke”. Denominada en ese entonces Escuela de Artes y Oficios.
- ▶ En el año 1921 comienza el servicio de luz a la población con aproximadamente 50 abonados. 40 farolas para el alumbrado público, en el horario de 18 a 0,30 hs. Al mismo tiempo allí comienza a funcionar una cremería.
- ▶ En el año 1925 se colocan dos motores Diesel y se construye la chimenea para elevar el humo de los motores la que es construida de ladrillos y tenía una altura de 25 mts. Ubicada como referencia en la usina, en la intersección de calle San Martín y Sarmiento. Con el pasar de los años y el avance hacia la modernidad dicha chimenea es destruida. La usina proveía a la población de barras de hielo para la preservación de bebidas, alimentos, etc. Se comienza con la fabricación de 50 barras.
- ▶ En el año 1951 el gobierno expropia las instalaciones de la empresa que brinda la luz para pasar a ser Cooperativa de Electricidad y en Mayo de 1952 se comienza a prestar servicio las 24 hs. y elevando la fabricación de barras de hielo a 70 cada 12 hs.
- ▶ En 1951 un acontecimiento marcó a todo nuestro país, y a cada pueblo o ciudad en particular, el día 11 de Noviembre de 1951 llega el voto femenino, y esto, a título personal es un humilde homenaje a la mentora y gran mujer que lo hizo posible y que lamentable-

mente votó desde su lecho de enferma, nuestra querida y siempre recordada Evita, vaya para ella mi más emocionado recuerdo.

- ▶ En el año 1963 se concreta la obra de la ruta Pcial. N° 1 construída por la empresa SAOPIN.
- ▶ En el año 1971 y 1972 se comenzó con el servicio de agua potable y de energía eléctrica rural desde el paraje El Laurel hasta Colonia Teresa, 80 Km.

Personajes de nuestra comunidad queridos y destacados en nuestra vida cotidiana

Eugenio Jose Musacchio (96) · San Javier



IMAGEN: Archivo de Isabel Attademo.

DOMINGUITO –el airado– Domingo Tarragona. Nacido en el año 1899, la comadrona o comediada como se la llamaba en aquella época a quienes ayudaban en el parto, dió a su madre la noticia de la deficiencia de su pequeño hijo, la que con el tiempo se hizo más notoria. Su tamaño llamaba la atención, el movimiento de sus miembros era

continuo, Aún así no se detuvo, su canto inentendible como un lamento no faltaba nunca en misa. Cuando llegó el colectivo a nuestro pueblo logró recorrer Alejandra, Romang y hasta Reconquista, cómo? no lo sé, con ayuda del prójimo seguramente, que cosas tristes acompañarán su andar cansino? Nunca se pudo saber por qué la vejez lo acompañó siempre, en su tumba está escrito “aquí está Dominguito”, Mínguito hombre sin tiempo, sin mentiras, sin pecados, sin enemigos, hombre pequeñito, con ropas enormes, generalmente trajes, calzaba siempre zapatos acordonados, gastados, que denotaban que no eran de su talla. ¿Qué conciencia tendría? Aún hoy me lo pregunto. Lo que sí sé...es que fué querido aunque él no lo haya percibido..o sí, nunca lo sabremos, lo que sí sabemos los sanjavierinos es que quedó su recuerdo con un poco de nostalgia y tristeza y que su historia va contándose de generación en generación.



PEQUEÑO – Juan Echeverría
(adjunto foto) extraño personaje,
con sus piedras, rebenques hechos
de tiras de telas.

LOS PESCADORES:

▶ **TAPE REGALADO**

▶ **PEINE**

▶ **DOÑA VITOCA**, Victorina Mendoza: caminaba desde la costa
“El Paso” por las calles de San Javier con su carretilla llenita de pesca-
do fresco unos 6Km. todos los días.

▶ **ANGOIRO**

▶ **CANINA**

▶ **PISTOLA**

Todos proveyendo a la población de pescado fresco con su voz alta ofreciendo su mercadería. La que este río San Javier nos brinda siempre y corre imponente marcándose un rumbo. Brindando tanta belleza y cobijando tanta fauna y flora. ...”Timbó, Laurel, Curupí, lindos ceibales en flor, como dijera el poeta, con tus chajás, tus garzas blancas, tus torcazas y calandrias, van hablando en temblor las correntadas y se duerme la línea entre los dedos.

Extraído de los poemas del poeta Julio Migno.

▶ **LOS LAVANDERÍ**, gente querida y dispuesta a una changa, quien no los conoció? Tonino, Aniceto, Miguel, Vicente (chente) descendientes de los pueblos originarios.

Raíces mayores

- ▶ **PICHUCO**, Héctor Samuel Balcázar, amó el fútbol, siempre para el club Central, gran jugador. Amigo de visitas inesperadas, respetuoso.
- ▶ **PELUQUEROS**: Agripino Cóceres – Garcia (español) alias Melenita de Oro.
- ▶ **FOTÓGRAFO**: Maclobio Troncoso
- ▶ **PORTERO DEL BCO. NACIÓN**: Jacinto Monente
- ▶ **REPIQUE DE CAMPANAS**: Luis Sartor
- ▶ **RELOJERO** del pueblo y del reloj de la Iglesia Ernesto Fort, buen amigo.
- ▶ **GARO**: campeón nacional de lanzamiento de jabalina, descendiente de pueblos originarios.
- ▶ **HELADERO AMBULANTE**: Bonini
- ▶ **GONZÁLEZ “TOTO”**: parte del Boulevard Pedro A. Candiotti en canoa con la compañía de un perrito para arribar al Puerto de Bs. As. En una gran travesía.
- ▶ **JACINTO EMILIO**: en su mundo... caminando por todas las calles de San Javier.

Y así hago una mirada atrás y veo y revive algunos hechos y personajes. Resumiendo y agradeciendo la oportunidad que se nos brinda a los adultos mayores de ser partícipes en la sociedad actual, pudiendo hacerse con más tiempo hay mucho por contar.

Agradezco al Profesor Nicolás Leguizamón, amigo que siempre me visita, al gran artesano e historiador de la cultura de los pueblos originarios, Néstor “chula” Lanche, amigo de toda la vida, quienes aportaron algunos datos, que por mi avanzada edad ya no recordaba.

A mis hijas Alicia, que fue la organizadora de la cronología y Mariel que me instaron a participar.

A mi familia toda y para la posteridad. Hasta siempre.

El último bandolero

Pablo Alberto Núñez (78) · Carlos Pelegrini

Para la policía fue un salteador de caminos.
Gaucho matrero, también un peligroso asesino.
En tanto para el humilde o el sufrido campesino.
Fue un justiciero un vengador, el mejor de los amigos.
Callado observador y de profunda mirada.
Siempre estaba en alerta y de todos desconfiaba.
“Francisco bravo “ o “Don Pancho” así eran sus apodos.
“Padre de los humildes” o “El Gaucho De Los Desamparados”.
Cuántos nombres se le dieron a este bandido rural.
Cuántos crímenes le adjudican sin poderlos comprobar.
Juan Bautista vairoletto es su verdadera identidad.
Mitad gringo mitad gaucho y un coraje sin igual.
Nació un once de noviembre en un pueblito rural.
Colonia Los Algarrobos, Carlos Pellegrini actual.
Desde el sur santafesino se fue a provincia de La Pampa.
Él y toda su familia y arrendaron una chacra.
Fue boyero y trillador y muy experto en el arreo.
Su drama comenzó en una taberna del pueblo.
Po culpa de una mujer que él y otro pretendían.
Su rival era Elías Farache, agente de la policía.
Llegaron los dos montados y Farache lo encaró.

Raíces mayores

De un terrible talerazo al gaucho lo derribó.
Vairoletto desde el suelo su revólver empuñó.
De tres certeros disparos al policía mató.
Así comenzó su vida de bandolero y ladrón.
Robando a los poderosos a cuántos pobres ayudó.
Mendoza El Chaco San Luis Neuquén y Río Negro.
Lugares que recorrió el famoso pistolero.
Al fin conoció el amor del que nacieron dos hijas.
En San Pedro Del Atuel tomó otro rumbo su vida.
Allí solo era “El Amigo” o “Don Pancho Bravo” el gringo.
Trabajando de sol a sol pareció hallar su camino.
Pero una noche muy fría en que se hallaban durmiendo.
Lo despertó el grito de un peón “Don Pancho” la policía.
Fue lo último que dijo de un tiro cayó abatido.
Y la autoridad cargó contra el buscado bandido.
Vairoletto los enfrentó con la pistola en la mano.
Alcanzó a hacer tres disparos hiriendo a un comisario.
Pero al verse rodeado temiendo por su familia.
Se puso el arma en la sien y terminó con su vida.
Así murió el bandolero no lo mató la partida.
Se mató no por cobarde para salvar su familia.
Y comenzó la leyenda de este bandido rural.
A quien muchos lo bendicen y otros lo maldecirán.
Solo Dios que está en el cielo sabe cuál es la verdad.
Si ha sido un justiciero o solamente un criminal.

Es para ellos

Vicente Perez (68) · San Javier

Sabías que...allá por los años 70 el Club Atlético Central San Javier tenía un maestro que formó una camada de buenos futbolistas; se llamó Carlos Mendoza (Guito), futbolista ambicioso, con buenos proyectos.

Sabías que... por esos proyectos y en ese año, yo Vicente Perez Perez, hijo de inmigrantes, comencé a pertenecer al plantel del Club, el cual participaba en la Liga Santafesina de fútbol. Con 17 años fui parte de la primera división, siendo entre los años 1970 y 1972 requerido por los clubes Unión y Colón de nuestra capital santafesina, pero que por distintas razones, principalmente porque no hubo acuerdo económico en el pase, no logré concretar mi ingreso a estos clubes.

Sabías que... en el año 1972 el Club Rosario Central me incorpora a sus prácticas durante tres meses bajo la dirección técnica de Don Carlos Timoteo Grigiol, permaneciendo en esta institución de Arroyito hasta que por razones familiares defino mi partida a España junto a mi familia que regresa a su terruño.

Sabías que... en el año 1973 el Valencia Club de Fútbol (España) solicitó el pase internacional para sumarme a su equipo. La comisión directiva del Club Rosario Central envía dicho pase a través de la Asociación de Fútbol Argentino (AFA), el cual es firmado por el entonces interventor Raúl D'Onofrio. Allí me incorporé al plantel de Juveniles del Valencia C.F bajo la Dirección Técnica de Alfredo Di Stefano.

Sabías que... el 15 de enero de 1975 firmó contrato como profesional

Raíces mayores



en el Grêmio de Maringá en la ciudad del mismo nombre del estado de Paraná, Brasil; compitiendo en el campeonato estatal donde se jugó un partido contra el Santos (donde fui llamado para una prueba para ese equipo, pero la misma no se concretó ya que salí lesionado de ese mismo partido).

90

Sabías que... he sido el único futbolista — con toda humildad y orgullo lo digo— formado y surgido de mi querido Central San Javier en desempeñarse en el fútbol del exterior.

Sabías que...este jugador, como muchos otros, defendió orgullosamente los colores del club, estuve siempre cuando me llamaron colaborando en las buenas y en las malas, de corazón.

Sabías que... el único motivo que me lleva a dar a conocer esta historia en pocas palabras, son los chicos y chicas que se están iniciando en la práctica de éste deporte, para que no se den por vencidos nunca, que sueñen con llegar y que estén convencidos que con talento, dedicación, esfuerzo, amor a la camiseta, pasión y buena conducta pueden alcanzar ese sueño, es para ellos.

A mis hijas, a mi esposa, mis nietas y mis nietos.

Viajando en recuerdos

Olga Farias (67) · Laguna Paiva

Todos poseemos características muy arraigadas en nuestro interior, en mi caso, a mi esposo y a mí, nos gusta mucho viajar, conocer lugares, apreciar la idiosincracia de la gente.

Desde hace más de 10 años comenzamos a concurrir a Corrientes, al Santuario de la Virgen de Itatí los días 7 y 8 de diciembre.

El día 7 de diciembre se conmemora el día de la localidad de Itatí, comenzando con las celebraciones desde la mañana y continuando durante todo el día.

Ya desde los días anteriores, se ven arribar, desde todos los rincones de nuestro país y aún, de otros países, delegaciones que asisten para estar presentes en éste recordatorio anual. Llegan los promesantes en bicicletas, a caballo, a pie, en colectivos y tráfico, en vehículos particulares, en caravanas o en forma individual.

Observar el entusiasmo con el que arriban este impresionante conjunto de personas es inenarrable. La música es un ingrediente más, que se hace presente con casi todas las caravanas que llegan al santuario, trayendo consigo, además, los esfuerzos, los sueños, las esperanzas que han acumulado durante todo el año. Es perfectamente distinguible las delegaciones pertenecientes a estancias zonales que traen en sus alforjas la muestra de agradecimiento de todo un año de trabajo forzado y que intentan desplegar delante de su virgencita protectora; se suceden entonces los acordes de los músicos que los

acompañan, las parejas de bailarines, el ruido de los petardos, el desfile de los montados, luciendo los mejores aperos y el mejor correafe fiestero, el despliegue de las destrezas de los jinetes, que a toda costa, intentan obsequiar a la concurrencia., como por ejemplo: en una oportunidad, un humilde joven , vestido de gaucho, hacía alarde de su talento de bailarín, jinete y acróbata, subido al recado de su caballo, siguiendo el ritmo de un estruendoso chamamé. Los aplausos fueron espontáneos y sucesivos.

La plaza y las veredas de las calles aledañas se pueblan de vendedores ambulante, ofreciendo todo tipo de mercaderías de los rubros más variados.

Hacia el final de la tarde, va siendo necesario buscar ubicación para presenciar el festival folclórico-chamamecero, que se desarrollará en el escenario preparado para tal fin en cercanías de la Basílica. Allí se disfrutará de los innumerables valores artísticos que se van sucediendo uno a uno, cantores, músicos locales, así como renombrados conjuntos provinciales y nacionales, haciendo vibrar la plaza.

De a poco se va abriendo la expectativa anunciando que, llegada la medianoche pasamos al 8 de diciembre: día de la INMACULADA CONCEPCION DE MARIA y por lo tanto nuestra queridísima virgencita de Itatí hará su aparición, para saludar y bendecir a todos sus hijos peregrinos llegados para participar, precisamente, para participar de su festejo.

El nerviosismo del público se va incrementando al ir avanzando la noche... la expectativa es cada vez mayor..los ojos de los asistentes se posan reiteradamente, en las puertas cerradas de la Basílica.

Cuando el reloj marca las 12 de la noche, las puertas comienzan a abrirse lentamente para dar lugar a la aparición de lo tan esperado: la imagen de nuestra adorada Madre, nuestra Señora de Itatí, que es transportada, en andas, por doce caballeros, que son fieles servidores, que la custodian y la pasean por el atrio de su morada, ante la mirada complacida de todos los presentes.

La emoción embarga a todos. Hay lágrimas que se derraman mo-
jando rostros hasta de algunos incrédulos. La imagen de la virgen pa-
rece hablar a cada uno en particular.

Un cúmulo de sensaciones se introduce en el lugar, haciendo más
placentero el momento, que recalca hondo en el interior de cada uno
de nosotros haciendo de éste, un instante único e irrepetible, que nos
invita a intercambiar puntos de vista y a reflexionar de forma pro-
funda:

- ¿Cómo es posible que ésta imagen religiosa e histórica, convoque
tan apasionadamente a millones de personas, de todo el mundo?
- ¿Por qué la Virgen de Itatí se ha mimetizado tanto, en el corazón
de ésta comunidad, y se ha ido expandiendo tan fervorosamente?
- ¿Qué circunstancias, factores o hechos significativos, tanto indi-
viduales como sociales han sido registrados, para que sea allí, justa-
mente en ese lugar, se manifieste una convocatoria de tal magnitud?

Pienso sinceramente que la respuesta que surga más expresiva-
mente va a ser: “ES LA OBRA GENUINA DE DIOS”

Las personas que asisten por primera vez a éstas fiestas en honor
a la Virgen , se quedan maravilladas, al ser partícipes de un aconteci-
miento que ya ha pasado los 400 años de vigencia.

En la mayoría de los casos el SER HUMANO se rehusa a vivir bajo un
sentimentalismo e intenta mostrar su faceta dura, inquebrantable,
menos expresiva y más apegada a la realidad del devenir diario. En
cambio cuando se está en presencia de éstos acontecimientos, como
el vivenciado por nosotros, lo que se experimenta es una faceta dis-
tinta. He aquí el momento en el que, el corazón desborda, dando lu-
gar a su autenticidad, brotan las lágrimas de limpieza profunda que
desparraman simpleza y humildad.

¡Los milagros atribuidos a ella, se cuentan por doquier!

Soy Pedro, pero no Picapiedras

Susana Ballaris (80) · Rosario

—¡Hola, soy Pedro, pero no Pedro Picapiedras! Me gusta estar sentado en la oficina, en el sillón negro y grandote del bisabuelo Antonio, quien en otros tiempos fue el encargado de vender el diario “La Capital” de Rosario. Todavía está la oficina y enfrente, el campanario lleno de alelíos, bañado de sol, gorriones y palmeras. Mi bisabuela Nelly, llega todas las mañanas y cuando mira a su alrededor, recuerda cómo comenzó Antonio, mi bisabuelo. Y empieza a narrar como en un cuento.

— ¡Hace muchos, muchos, muchos años!

— ¿Mil años? — digo yo. Y la bisabuela se enoja.

— Bueno, bueno—dice en forma impaciente— hace unos años atrás, Antonio, el bisabuelo, había comprado un caballo para ir hasta el cruce Rosario—Santa Fe. Iba a buscar los diarios que llegaban y todo, porque los clientes se ponían impacientes. Salía al anochecer, desde el barrio Los Membrillos, por caminos de tierra. A las dos de la mañana pasaba el camión, claro está debía prender un farolito a kerosene para ser visto en la oscuridad.

Nelly—como la llamo yo— hace una pausa y después de cinco largos suspiros, sigue contando y contando:

— Los que vivían en la zona rural, comenzaron a entusiasmarse con la idea de recibirlo y le dijeron, que los diarios, se los dejen en los postes, dentro de una lata. Eran gente muy honrada, gente que paga-

ba, no había que firmar nada de nada, venían a la oficina y cumplían con el pago; a veces en los postes, dejaban alguna notita, con el pedido de nuevos clientes. Cuando llovía, en los caminos anchos se formaban zanjones repletos de agua. La situación fue mejorando. ¡Antonio, se compró un sulky! ¡Luego, se compró un fortachín!

— ¿Un fortachín?— pregunto.

Sí—dice mi bisabuela—¡ay cómo puedo explicarte! Bueno, bueno, un auto viejo, chico, y con su motor en forma de una nariz pronunciada.

Mi bisabuela es una gran narradora y cuando lo hace, uno va visualizando todo todito todo lo que te cuenta. Pone un poco de suspenso, cuando dice:

— ¡Una noche de tormenta de mucha lluvia y relámpagos, el fortachín no quiso seguir más! Antonio, el bisabuelo, vio a la orilla del camino, una lucecita. Sintió un poco de miedo. Y cuando pudo ver mejor por uno de los chispazos de luz, cuando un relámpago cruzó el cielo, se dio cuenta que había un hombre.

—¿Un hombre, en medio de la oscuridad? —le digo. — ¿Quién era, Nelly?

—Tranquilo, tranquilo, luego, supo que era un criollo. Y el criollo, le dijo:

—Venga a guarecerse cerca del carro.

Con casi media voz, la bisabuela continúa.

— Así, así, ambos, al amparo del carro y del fortachín, mojados y llenos de frío ,¿sabes, lo que hicieron? — Nelly sonríe con sus dos hoyuelos pícaros a flor de rostro—. ¿sabes lo que hicieron? ¡Se pusieron a tomar mate !.

—¿ A tomar mate?, ¿bajo la lluvia?

Y con voz más firme, me aclara:

—El criollo se llamaba Don Sereno.

— ¿Don Sereno?, ¡qué nombre!— le digo.

—Sí, —me responde Nelly—, Don Sereno López.

Charla que te charla, la abuela, sigue con el tema:

En esos tiempos, ya idos, idos, había muy poca radio y el diario era el único medio de información. Don Sereno, comenzó a traerlos en un sulky, que “La Capital” pagaba. Todo eso, hasta que Antonio tuvo su local y por último, esta oficina. Una oficina abierta a todos los amigos que vienen a sentarse, por las mañanas, ¡todavía ahora!, en especial los días domingos.

Nelly, sigue siendo representante del diario. Es muy inquieta y grabador en mano, recorre todo el barrio amarillo de membrillos, porque además, de narradora le gusta escribir. Es una gran buscadora de historias, y le gusta publicar noticias destacando a personas de ciudades y pueblos vecinos. Hoy, domingo, en una de las páginas interiores del diario La Capital, abuela publicó una nota dedicada a una gran tenista.

Así, apoltronado, decido lee la nota en voz alta:

— La mujer está sentada en una vereda bajo la sombra de muchos plátanos. Frente a su casa; el tren y una pasarela., no puede dejar de recordar aquella cancha de tenis con polvo de ladrillos, construída por los ingleses, antes que se vendieran los ferrocarriles y donde ella, a los quince años, había despertado su gran amor por el deporte, Edy, también, era una gran amante de los trenes. Desde su casa llena de azucenas, rosas y uvas en un parral miraba la estación de trenes y una pasarela, cruzando la ciudad. Cuenta cómo su papá que era maquinista de tren, al pasar, tocaba un silbato largo acompañado. Con el sonido del tren sobre las vías su traca—traca hacía sentir su movimiento sobre toda la casa. Ella se encaramaba al balcón para saludarlo. ¡El paso era tan rápido! ¡Como una luz! Y se quedaba mirando a lo lejos, cómo se iban los coches perdiéndose en un monte lindero. Edy, miraba la estación y los cambios que en ella se producían. Entre su vida de trenes y tenis, también, estaba la del bordado. Y entre los hilos plenos de colores y telas desparramadas, guardaba celosamente premios y más premios en su comedor. Todo está igual en su casa, como cuando vivían sus padres. Y allí, sigue soñando en la vereda con

plátanos, sueña que sueña, con aquellos tiempos en que era una destacada deportista. ¡Para los amantes del tenis, la gran Edy! que jugaba en la ciudad de Rosario, Gálvez y todo el circuito.

Dejo de leer, y busco con los ojos a la abuela.

—Abuela— le digo— estoy emocionado, tengo como unas cosquillitas dentro de mi cuerpo... No sabía que había canchas de tenis donde ahora, hay baldíos y duermen coches y coches de trenes todos desvencijados, oxidados por el paso del tiempo y las lluvias y los soles.

Y digo para mis adentros: “Umm, me gustó, me gustó la nota. ¿Quién dice que yo no me pueda convertir en un gran periodista, como mi bisabuelo y mi bisabuela?”

Nelly hace unos pasos y apoya su cuerpo robusto, ocupando totalmente, la puerta de entrada. Me mira y al darse vuelta, señala con su dedo índice hacia fuera. Me dice:

—Allí, Pedro, cruzando la calle, había ¡una tienda! De Salím Attala. Atendían a sus hijos Wadí y Fuad Attala. El papá, iba y volvía del Líbano, país de Oriente, con todos sus hijos. Amigos argentinos, les enviaban cartas, invitándolo a que se viniera a establecer a la Argentina. Así lo hizo y puso una tienda.

—Pedro, ¿me escuchas?

— ¡Sí, sí, abuela Nelly!

—Un poco más allá—sigue comentando, como hablando para sí misma— vivíamos todos cerquita, éramos una familia. Abuela Carlota, maestra de piano, también, al lado, estaba nuestra oficina, que ahora mira al campanario de la plaza. Don Mario Terisotto y sus historias sobre el cine Moderno. Cuántas charlas con Don Félix, el arriero, el fotógrafo Don Casimiro, y su abuelo Don Roque. Con Doña Matilde lavandera. y cruzando las vías del ferrocarril Edy. Y Don Américo, un ferrocarrilero que sabía todas las historias de los trenes y de los relojes. Y Don José Luis Para y Don Marcelino Lapassini, herreros ellos, acompañados, a veces por Pocholo Solís, y Gladys Toninetti, dueño y empleados de la herrería artística “La Autógena”.

—Abuela, ¿no vivía más nadie por el lugar?

—Uh, sí, estaba Marcelo que tenía una botonera, y Susana, la señora de Fuad, supo vivir en una casa con ventanas altas y verdes, que miraban a la calle llena de fresnos y por allí, salió su voz maestra, inconfundible, impartiendo conocimientos particulares. A la vuelta de la esquina, la fábrica de muñecas. ¡Y del otro lado de las vías! —narra con entusiasmo— ¡había una casa llena de cacerolas y masa! Desde lejos, se sentía el olor incomparable de las tortas fritas, en los días de lluvia. ¿Quién no conocía las empanadas de Doña Rita?

—Mmm ¿vos las comiste?

— Sí, riquísimas, Doña Rita tenía una pequeña empresa hecha con mucho sacrificio, Vendía fideos, ravioles, churros, tortas fritas, empanadas, pastelitos, pan dulce y pan de leche, y albergaba en su cocina larga, a sus amigas ¡ siempre ! , saboreando un mate, pan casero y las tortas fritas, que preparaba en tan sólo diez minutos.

— ¿Todo eso hacía? Basta abuela, que se me hace agua la boca. Mirá, que ahora vas a tener que ponerte a hacer tortas fritas. Una vez leí en un libro de cuentos que las tortas fritas parecían soles en la sartén.

—Bueno, bueno, Pedro, te sigo contando. Doña Rita y Doña Matilde sabían muy poco de sus infancias. Eran todas historias chiquitas porque los padres no charlaban mucho con sus hijos. No contaban nada de nada. Por eso, me gusta narrarte la historia de todo este barrio. Una historia bajo un montón de árboles de membrillos. Para que cuando tengas tus hijos, puedan saber quiénes vivían en el pasado Y también cómo trabajaban estos jóvenes del ayer. Doña Rita, no sólo era cocinera, sino también lavaba ropa y almidonaba manteles, sábanas, zurcía y todo en silencio. ¡Cuánto habrán sufrido! ¡Cuánto cansancio habrán sentido!, sin decir nunca nada de nada

Nelly deja de hablar. Al darse vuelta, veo que tiene los ojos mojados, de tanto recordar.

—Pedro, —me dice —nunca dejes de investigar, conocer, saber, averiguar, sobre el pasado de nuestros abuelos.

Raíces mayores

Bostezo y estiro mis brazos, hacia arriba. El relato de la bisabuela fue muy movilizando. Tomo el diario y lo dobló en dos. Afuera, el campanario sigue lleno de alélies y gorriones. Es el momento justo, en que entra Don Jaime, y Nelly, mueve su corpachón hacia un costado. ¡Don Jaime, el escritor, viene a buscar las noticias! Pienso, al mirarlo: ¿Y si en vez de ser periodista, me convierta en escritor? No estaría mal. Para todo, se necesita ser un gran lector. ¡Y yo lo soy!

En realidad, Nelly y Antonio, mis bisabuelos son reales. Y pertenecieron a la ciudad de Gálvez, departamento San Jerónimo de la provincia de Santa Fe. ¿Y saben? El barrio Los Membrillos y yo, Pedro pero no Pedro Picapiedras, somos ficticios.

Frío en septiembre

Federico Salvador Torres (73) · Santa Fe

Hay un sendero en la orilla, que me lleva a tu ranchada.
Qué lindas están las estrellas, que lindas las alboradas.
No creas que estoy llorando por el amor ya perdido,
no creas que estoy llorando... solo me salpica el río.
Y mi canción siempre estará en el paisaje de aquí,
En tu espínel, en tu sauzal, en el canto del crespín.
En tu silbar que entonas, al amanecer.
Para arribar de tarde a Colastiné.
Camalotal que lento va, con tu frágil flor azul.
Quiero la luz de tu verdor para volver a soñar.
Si ves mi amor alguna vez dile que la esperaré.
Para arribar de tarde a Colastiné.
Téjeme un poncho de ceibos, quédate un rato conmigo,
Estoy en pleno septiembre, si supieras, tengo frío.
No creas que estoy llorando por el amor ya perdido.
No creas que estoy llorando solo me salpica el río.

LETRA Y MÚSICA: Torres Federico Salvador.

Mujeres Rurales: Cuando llegaban las langostas

Placida Tonus / Celina Molinero / Doris Saccon (88) · Clucellas



En determinada época del año, más hacia el verano, sabíamos que se venía la invasión de langostas. Nosotras éramos chicas, por lo que debe hacer unos 70 años de esto. La comuna nos daba las barreras para poner en los alambrados, y hacíamos una especie de corral, ahí dentro las

poníamos, el afrecho remojado en veneno para atraer a las langostas. El afrecho se sacaba de la semilla de semita. Las langostas quedaban atrapadas en esos corrales, y a la noche pasaban con camiones o carros con lanzallamas y las quemaban.

Se veían venir las mangas de langostas, hacían un ruido ensordecedor, y en el cielo se veía la nube. Generalmente a la tardecita. Se comían todo, incluso la ropa colgada.

A la noche las langostas se iban acercando, entonces nuestros padres nos daban a los chicos latas y ollas para hacer ruido para espantarlas.

Había que estar atentos y prevenidos, porque si no se llegaba a tiempo, a colocar las barreras, las langostas pelaban todo y se perdía toda la cosecha.

En esa época no se podían comer huevos ni gallinas, porque se comían esas langostas.

Había que arremangarse en el campo. Y no había distinción entre varones y mujeres, cuando se tenía cierta edad ya se empezaba a ayudar con las tareas. Cortar leña, curar terneros, ordeñar las vacas, cortar y juntar la alfalfa, encerrar las vacas, todo arriba del caballo.

Trabajamos a la par de los hombres. Y ya un poco más grandes hacer el tambo también, que es una tarea dura, pero que todas acuerdan en que, gracias al tambo, lograron progresar y crecer económicamente.

Hoy sus manos callosas y artríticas nos dan cuenta de una vida de trabajo duro en el campo...

Esta historia la compartieron Plácida Tonús (88 años), Doris Saccone (86 años) y Celina Molinero (89 años) de la residencia oficial de adultos mayores Agustín Oliva de Clucellas. Todas mujeres que nacieron, crecieron y trabajaron toda su vida en el campo...

Aquí me pongo a contar

Ramon Antonio Fleitas (89) · Máximo Paz

Yo cuidaba caballos y corría algunos de carreras, pa cuidar no cuida cualquiera. Hay que variarlo, cada tanto hay que medirlo, si anda bien de juria¹ o merma la juria cuando corre. Hay que medirlo, hay un reloj que mide la juria. Si es buen caballo corre 272 metros y lo hace en 16 segundos, algunos más, otros menos. Corrí caballitos de 16, y algunos mejores. El caballo más veloz fue Ventarrón. Era un caballo ligero, un alazán de frente blanca.

Cuando corría carreras en Rosario, tenía 54 kilos en ese entonces. Algunas las ganaba, otras perdía. Hay que ser buen ganador y buen perdedor. Algunos discuten cuando pierden, y así no es, porque el que tiene caballo tiene que ser tranquilo no arrebatado, porque así, no va. Por ser así a algunos los “entregó la monta”²

A mi me gustaba cuidar caballos. Les daba de comer la ración preparada de avena machacada y maíz, que se medía por litro, no por kilo, y se la ponía en tarros. También con una bolsa de arpillera le hacía la pipa³ para darle el alimento y le daba alfalfa. Pero cuidar un caballo no es solo alimentarlo, es probarlo, medirlo en la juria y hacerle el floreo para ver cómo anda, es decir, tirarle de las riendas.

1. (rural.) Furia. Extraído de <https://www.todotango.com/>

2. El caballo tira para atrás al jinete

3. Morral para alimentar caballos

También hay que saberlo herrar. Hay que trabajarlo con los desvasadores que son cuchillos, y se va arreglando. Hay que emparejar bien el vaso del caballo hasta que se asiente la herradura. Con una gubia se cala el vaso, se saca lo de adentro, se limpia y se busca el molde de la herradura. Tiene que saber herrar uno porque si se hachea el caballo en las patas, se lastima cuando corre. ¡Si he herrado caballos! Hay que saber cuidar y herrar. He herrado mucho y nunca chuceé un caballo. Aprendí porque me enseñó un hombre que herraba hace muchos años, se llamaba Oscar Correa. A Ventarrón le puse yo las herraduras.

Había un tal Rodríguez, de Alcorta, que era monta⁴, y un tal Bruno que tenía un caballo que se llamaba Barunte, y un día que tenía que correr en Rosario, me buscaron para que lo herre. Me ayudaron para que lo herre, uno le levantaba la pata al caballo y el otro trabajaba; me ayudó Rodríguez. Cargaron al caballo y lo llevaron a Rosario. Cuando llegaron estaba un tal Méndez que era monta. Bajaron al caballo y me contaba Rodríguez que Méndez vio al caballo, enseguida fue, le levantó las patas y dice que le dijo: “¿Quién le herró este caballo?! y le contesta: “un tal Fleitas, de Máximo Paz, ¿por qué? ¿Está mal herrado?” “No”, dijo Méndez “¡Está muy bien herrado!” Me contó el mismo Rodríguez.

Así es. Lo que más me gustó en la vida fueron los caballos.

4. (turf.) jinete de caballos de carrera, jockey. Extraído de <https://www.todotango.com/>

Un largo viaje

Mildred Aurora Bacca (70) · Avellaneda

Un viaje corto en la distancia, pero largo en el tiempo. Un viaje muy cerca, al campo, por un camino entonces de tierra en una Ford A, restaurada y trajinada, modelo olvidado.

De niña algunos detalles se pierden; ahora son necesarios, pero ya no hay quienes lo aclaren. De todos modos, quedan frescos ciertos recuerdos. ¿Será que el objeto atrajo mucho la atención? ¿Será que el relato del conductor de la “chatita” fue tan claro que despertó mi curiosidad y me movió a conocer algo más, tan detalladamente?

Hoy, después de un largo viaje en el tiempo, recuerdo esas palabras:

—Ese arbolito que ves ahí a orilla del camino, es un quebracho. Estábamos cerca del paraje El Carmen.

¡Que imponente lo vi siendo tan pequeño! Y viaje al tiempo de la forestal, cuando mi padre y el nono, que trabajaban allí, nos hablaban de la explotación del quebracho, la producción del tanino, de los ingenios y de la vida en los obrajes. Y volé rápidamente hacia ese tiempo de progreso del Norte Santafesino, y recordé la vida que hacían en esos lugares inhóspitos, con tantas historias, a veces, casi leyendas.

Cuando vuelvo a pasar por el mismo camino, hoy Ruta 31 y ahora asfaltada, lo veo allí: grande, fuerte, erguido, como un centinela viendo pasar nuestra vida, como el viento que sopla entre sus ramas de oscuro follaje.

Parecería que todo allí se detuvo. Ya no es ese arbolito, como me lo señaló mi padre; es un “árbol abuelo, catedral de pájaros”, como pintó su algarrobo Esteban Agüero, el poeta puntano.

Su viaje se detuvo en el mismo lugar, arrojando semillas a la distancia, en este y en otros tiempos por venir.

Aún hoy lo veo con ojos de niña y me recuerda que así es la vida, un viaje en el tiempo, con sus recuerdos.

Y me deja una enseñanza: “Ser fuerte y resistente en la vida para hacer, dar y dejar semillas a los que vienen viajando detrás nuestro, cualesquiera fueran los vientos que soplen”.

Fervores contradictorios

María Rosa Pivadori (78) · Santo Tomé

Todos los muchachos que iban del pueblo a estudiar afuera, al regresar aunque sea por pocos días, se reunían para revivir momentos felices; distintas barras, distintos colegios secundarios, pero todos habiendo aprendido a caminar en ese suelo y luego elevado altura, literalmente, sobre sus calles a medio asfaltar.

Siempre en esos encuentros, la creatividad les ofrecía alguna aventura para despuntar los afectos cómplices de viejas travesuras. Alguna vez un fulbito, otras un asalto para bailar tal vez con alguna ex novicit@, una excursión al balneario del pueblo y muchas andanzas compartidas.

Esta vez la Fiesta de la Inmaculada Concepción, patrona del pueblo, fue el disparador indiscutible. Todo porque en este pago del Chaco santafesino, la cuestión del culto definía los usos, costumbres tanto como el lugar social de los puebleros. La gringada, concentró en el cura y la Iglesia una sumisión a lo católico como eje rector de la vida cotidiana. Por esta razón, los días domingos y las fiestas de guardar imponían una metamorfosis de trajines que multiplicaban el ir y venir de cabezas rubias y parlanchines intercambios en un friulano entreverado con musicalidad aparaguayada. La mayoría provenía de barcos que zarparon siglo atrás de Génova para venir a habitar los campos aledaños al pueblo, ahora convertidos en prósperos productores de caña de azúcar y algodón.

La plaza central, ubicada frente a la Iglesia y las calles que en ella convergen, apiñaban en sus bordes volantas que simulaban los carros del lejano oeste americano. Cada una tirada por dos caballos para hacer aguante a devotos familiares que se vestían con los mejores atuendos. Ellos, confeccionados en casa, con piezas completas de telas que el jefe de familia compraba en el almacén de Ramos Generales, cuando venía al pueblo a cobrar los productos que entregará al acopiador.

La liturgia incluía a familias del casco urbano, especialmente mujeres, con estatus de comerciantes o servidores públicos; la vigilia se extendía un poco más porque los gringos iban al bar en esquina con el Templo, para el lujito de unos tragos donde, a puro grito, charlaban de siembras, cosechas y rindes, la cooperativa y alguna que otra “cossilla de hombres”. Las mujeres, mientras tanto, no gozaban de esos beneficios pero sí de un “recreo permitido” para el género, y se dedicaban a esperar en la plaza intercambiando con sus pares sobre los hijos y los quehaceres duros del campo.

Era tan leal el catolicismo de esos gringos que llegaban desde sus campos cercanos para participar de la misa y hasta los equinos guardaban una compostura alineada, erguida, como en devota oración, sin lanzar un solo relincho.

Esta regularidad era un clásico para el resto del pueblo, para los jóvenes no dejaba de ser un despliegue algo provocador y molesto por la prepotencia con que ellos se llevaban puestos usos, costumbres y normativas de lo urbano. Hacía mucho que alguno de los chicos había tirado la idea de aprovechar el fervoroso momento de la misa para cambiar algunos caballos: En cada cuadra se iba a reemplazar un caballo en dos carros distintos, el asunto era divertirse sin provocar tanto revuelo. Tal cual lo previsto, el cambio se realizó sin contratiempos, luego de lo cual los muchachos fueron hasta un bar distante de ese lugar a comentar sus peripecias.

La diablura, como otras anteriores, era como una picardía maliciosa por cuanto, la gente joven reservaba ciertos prejuicios respecto de

estos de estos “colonos”, tan religiosos como tacaños: al templo monedas con la mano en el pecho y a los peones sistema cuasi feudal, acodado en una gran desprecio por los criollos, peor si eran “oscuros de tez”. Y cada joven tenía una historia para denostar las vidas austeras y calculadoras que los caracterizaban a estos friulanos

Finalizado el refrigerio masculino de la feligresía, cada grupo familiar concurría donde había estacionado su vehículo tracción a sangre y lentamente se producía la desconcentración.

En el barullo habitual que este retorno desmadraba, nadie observó —también merced a alguna copa de yapa— lo del canje de animales. Mucho menos a Elías, uno de ellos, joven que hacía pocos años se había casado. Parado arriba de su carro, estiraba el pescuezo por todos los puntos cardinales buscando a Elba, su esposa. Muchas veces pasaba que algunas mujeres transgreden el espacio reservado para ellas y daban una vuelta a la manzana mirando alguna de las pocas vidrieras disponibles.

Luego ansioso de escudriñar en espera agónica como furiosa, muy contrariado, decidió castigarla yéndose; últimamente su trato con ella era áspero por fantasmas de celos que lo intimidaba. Ella sufría silenciosa dando a él la impresión de que consentía sus sospechas. Siempre había sido muy religiosa, tanto que generalmente pedía llegar un ratito más temprano a la Iglesia, bajo la excusa de confesarse con el cura, invocando, además, rezos y consuelo por los hijos que no llegaban.

Recordando que él consintió esos deslices, el enojo lo fue ganando, al punto que no escatimó chicotazos a los caballos para que apuren el regreso. En uno de esos castigos despiadados estaba, cuando observó que uno de los dos caballos no era su cimarrón. En su lugar trotaba una yegua grácil que parecía coquetear al caballo que iba a la par. El descubrimiento nubló sus sentidos; entonces comprendió con certeza indubitable que ese animal era Elba convertida en “alma mula”, Tatá Cuñá o Mula frailer. Sus enojos de un tiempo a esta parte, no

acallados, le dispensaban la confirmación de que su mujer había sido transformada en mula por haber tenido relaciones amorosas con un cura, o cometido incesto, tal cual lo relataba la leyenda. Sabía que era lo primero; el cura del pueblo era joven y se afanaba en atrapar la atención de las mujeres bonitas como la suya.

Al llegar a casa, en el campo, bajó del carro apresurado, sin desmontar los caballos y fue hasta adentro donde encendió una lámpara. Tomó un papel y un lápiz de la mesa y escribió con pulso tembloroso un mensaje que colgó del picaporte de la puerta de ingreso a la casa. Luego entró, revolvió unos cajones y aferró algo que la sombra de la lámpara no dejó ver.

Salió, fue hasta el carro y apoyando un revólver en la cabeza de la yegua gritó:

—¡Ni el curita te salvará alma mula!— y el animal se desplomó exhalando un extraño relincho

Después, hizo lo mismo con él y disparó dentro de su boca, sin demora cayendo sobre el vientre de la mula. Mientras, el otro caballo daba coces aterradas, desparramando sangre sobre los cuerpos yacentes.

La muchachada disipada, festejaba la fechoría lejos de imaginar que un mito tergiverse sus inocentes pretensiones. En el hospital, al que fue llevada de urgencia durante la misa, Elba luchaba con una hemorragia que ponía en riesgo su embarazo incipiente del que acababa de tener noticia. Su marido ubicado durante la liturgia en el sector de los hombres, no advirtió el desmayo, ni el auxilio que unas mujeres le prestaron.

En el campo, una esquila esperaba en el picaporte de la casa, que alguien acudiera a desentrañar el espanto, donde un caballo exhausto, mudo testigo de tan incomprensible suceso, se espantaba las moscas y el olor sangre, ya sin energía para el relincho angustiado.

Los bretes del paso a nivel

Elvia Del Carmen Fantini (75) · Laguna Paiva

Desde muy temprano, en la madrugada
Despiertan a los vecinos, de las vacas sus mugidos.
Vienen coreando en tropel.
Se acercan por el callejón
guiadas por los troperos,
Que al grito de –tropa...tropa
Mantienen la formación.
Montados en briosos y entrenados caballos.
Con el brazo en alto revolean sus látigos
Como centellas rebanando el aire.
De pronto una indisciplinada se escapa,
Al galope el jinete sigue al fugitivo animal.
¡Se arma tremendo griterío!
Las madres salen corriendo a buscar a sus críos
Que sentados en las verdes plateas del borde de las cunetas,
Miran a los vacunos pasar cerca.
Pronto los animales vuelven al sendero
Y puntualmente según lo acordado, llegan a los bretes.
Allí pernoctaron hasta el día siguiente.
Partirán en formaciones de vagones jaulas.
Que el Ferrocarril Belgrano ofrece.
Unos rumbo a la feria o al matadero,

Otros en busca de mejor pastoreo.
Y cuando lleguen las lluvias
Y con ellas las inundaciones
En una nueva distribución
Les buscarán pastos en otras regiones.
Donde no les afecte la inundación.
En ese tiempo colgados de la mano de nuestros padres
Íbamos a observar curiosos, cómo guiados por los arrieros
Disparando al viento el – Arre, Arre,
Hacinados entraban en la manga rumbo al vagón.
Hoy éste es el recuerdo de mi infancia
Que este lugar me trae
Mientras disfruto con mis nietos
El hermoso parque que
En el predio de los ex bretes
A dos cuadras de la estación
Hace unos cuantos años se construyó.
Y en honor a las aves el nombre de EL ZORALITO recibió.

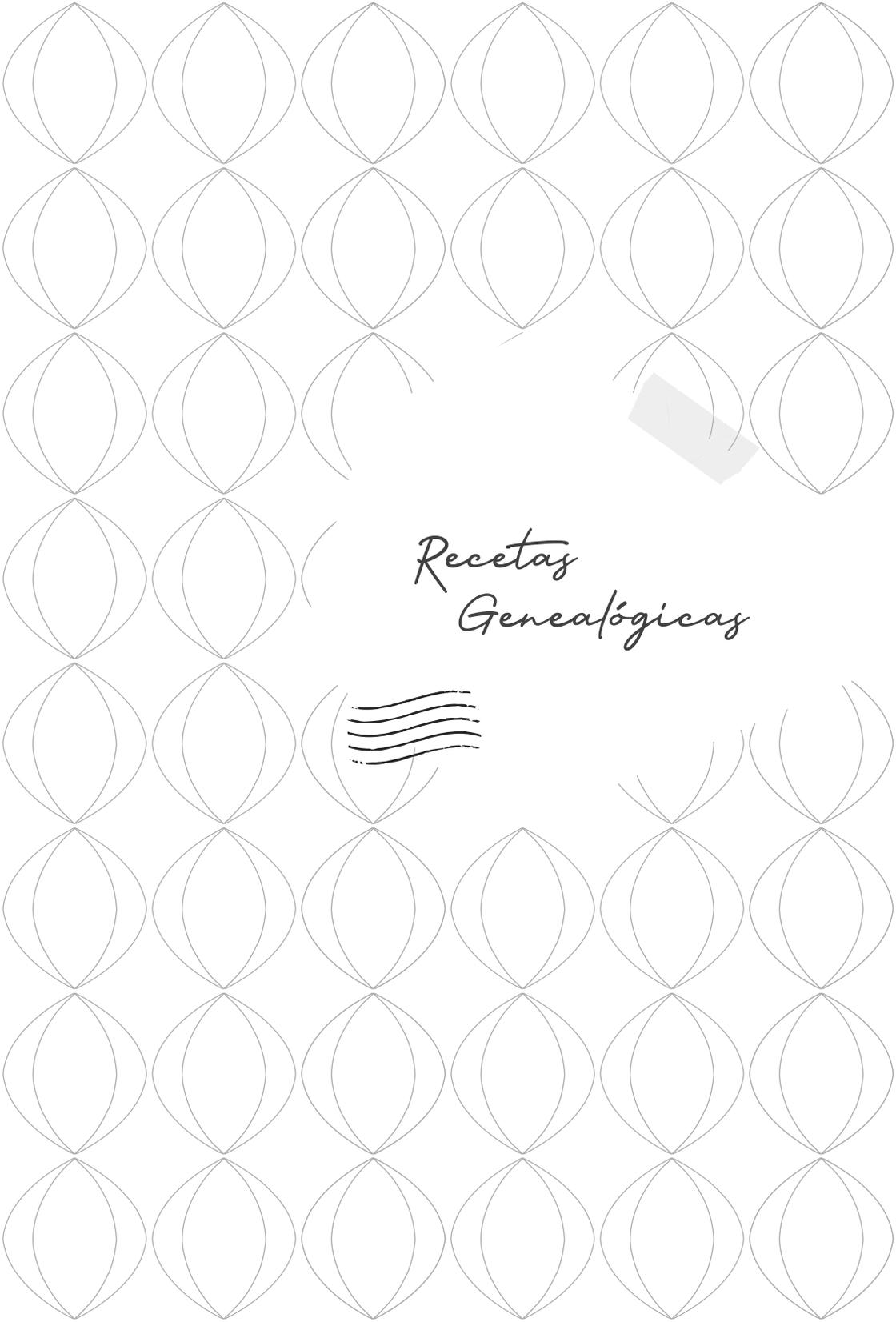
La del espejo

Gladys Benz (81) · Arroyo Leyes

Los agudos estiletes de sus ojos se clavaron en mi cara. Observaba recelosa las hebras que caían sobre la frente, un rictus de ironía distendió sus labios. Deseosa de reír, solo una oscura mueca jugueteó en las comisuras de sus labios, la sombra de un suspiro buscó los pequeños túneles y al compás del agitado pecho, la tormenta se desató. Torrentes de agua dibujaron canales, el descontrolado viento emocional, arrasó la faz, confundiendo y empañando todo.

El golpe furioso de mis puños, la hizo trizas.

Juré, no volvería a herirme nunca más.



*Recetas
Genealógicas*



Los fideítos de la abuela

Norma Cristina Peirano (61)

Providencia

Fideítos. Más precisamente, los fideítos de la abuela. Así de simple, así de sencillo. Pero también los que llenan el alma de esta abuela cada vez que los nietos los piden con la misma expectativa que se pide un sofisticado plato de la carta de un restaurante.

Muy pocos ingredientes que tomé de una vieja receta que solía hacer mi nona Isabel, que con su magia, los transformaba en los más ricos. Son esos ingredientes que en campo no faltaban. La abuela, hija de inmigrantes italianos sabía de arreglárselas con lo que había en casa.

Pasó el tiempo y me toca el rol de abuela. Hace unos pocos años la vida me bendijo con dos pimpollos, los mellis Benja y Cata, mis nietos. Los retoños de mi otoño. Llegaron para demostrar que la vida es bella, llegaron para despertar a la seño cuenta cuentos, para llenar los fines de semana de sonrisas, ocurrencias, travesuras y+ fideítos!

Cuando comenzaron sus almuerzos todo mi ser se llenó de sensaciones, esos recuerdos con aroma y sabor.

Y se hizo la magia. Una olla, agua, caldo de verdura para saborizar, un trozo de manteca y cuando hierve, unos nidos de cabellos de ángel. Sólo uno minutos, nada de distraerse, toda la atención puesta en la corta cocción de los fideos. Cuando están a punto, colar groseramente, es decir dejándoles un poco del caldo de cocción, sólo agregar manteca y una cucharada generosa de queso crema, revolver y ¡a la mesa para disfrutar!

Los probaron e inmediatamente se convirtieron en fans de este plato. Y en su media lengua comenzaron a pedirlos. Fueron “fideditos”, fideos, y ahora son “los fideítos de la abuela Norma”. Irreemplazables, infaltables. Tanto para un almuerzo como para una cena. No hay plato que haya logrado destronarlos.

¡Qué decir! Que la historia se repite. Que tenemos memoria y esa memoria traspasa tiempo, generaciones.

Gracias vida, brindo por muchos platos más de fideítos de la abuela.

Las masitas de amoniaco de Pocha

Plácida Tonús (88)

Residencia Oficial de Personas Ma-
yores “Agustín Oliva” de Clucellas

Es una receta que yo veía que hacían mis tías, mi mamá y mi abuela. Mi abuela era francesa, vino en un barco con su mamá y su papá cuando era chiquita. En el viaje en barco, muere su mamá, por lo que mi bisabuela Elena está enterrada en el mar. Por lo que no creo que esta receta se la haya pasado mi bisabuela a mi abuela, porque la perdió muy chica, la aprendió de sus tías, y yo de todas ellas.

Estas recetas, no es que las sabíamos porque las escribieran en algún lado, simplemente por verlas hacerlas aprendíamos a hacerlas también. Les comparto la receta, que es un poco a ojo, porque no pe-
sábamos los ingredientes...

Ingredientes

- ♦ 1 litro de leche
- ♦ 1 kg de azúcar
- ♦ 12 huevos
- ♦ amoniaco en polvo 2 cdas
(se compra en la farmacia)
- ♦ Harina hasta que la mesa pida
para poder estirarse

Preparación

Se estira la masa, se pueden cortar en tiras o redondas, se mojan un poco en leche o en clara de huevo y se pasan por azúcar. Se meten al horno hasta que estén doradas. ¡Se cocinan rápido! Son galletitas que se conservan frescas por mucho tiempo, no hace falta guardarlas en lata ni en taper.

Torta de frutas, nueces y pasas de uva

María Antonia Biancotti (88)
Residencia de Personas Mayores
“Guillermo Jauregui” de Máximo Paz

Ingredientes

- | | |
|--|--------------------------------|
| ◆ 600 gr de harina leudante | ◆ Pasas de uva 150 grs |
| ◆ 300 grs de azúcar | ◆ Nueces 100 grs |
| ◆ 1 paquete de manteca de 200 grs. | ◆ Frutas abrillantadas 100 grs |
| ◆ 6 yemas (las claras
dejarlas para otra torta) | |

La torta de frutas abrillantadas, nueces y pasas de uva es una torta perfecta para la merienda o para acompañar el mate de la tarde. ¡Esta receta es la que más le gusta a mis nietos! Les cuento cómo la preparo.

Lo primero que hago es mezclar en un bol el azúcar con la manteca pomada. Por eso, hay que tener en cuenta que hay que sacarla de la heladera para que esté a temperatura ambiente y se pueda trabajar. Después, voy agregando las yemas y mezclo. Luego, de a poquito, voy agregando la harina. Bato todo, y, por último, agrego las nueces, las frutas abrillantadas y las pasas de uva, que, como verán, son muchas ya que ¡es el ingrediente que más me gusta! Las nueces hay que cortarlas pero no picarlas, que se note que están, también es un dato importante. Para terminar, vierto la mezcla en un molde de 24 cm de diámetro enmantecado y enharinado. Es importante poner

Raíces mayores

una bandeja debajo del molde de la torta al ponerla a hornear. La llevo al horno, que no tiene que estar caliente porque puede arrebatarse, aproximadamente 50 minutos a 180 °C.

Para saber que está lista, hay que colocar un cuchillo o un palito y tiene que salir limpio.

Esta receta la aprendió mi nieta mirándome cocinar. Me dijo “enseñame nona”, ¡y le salió fantástica! Lo principal es el amor a lo que están haciendo y así, las cosas les van a salir bien.

Para compartir, Transmitir y disfrutar.

Estofado

Maria Elena Spazio (95)

Residencia de Personas Mayores

Guillermo Jauregui de Máximo Paz

Ingredientes

◆ Entrecot 1 1/2 kg

◆ Cebollas 4 grandes

◆ Ajo 1 cabeza

◆ Morrones 2

◆ Tomates al natural 1 litro

◆ Vino tinto 1 vaso

◆ Hojas de laurel 2

◆ Aceite

◆ Sal

◆ Pimienta

El primer paso es sellar el trazo de carne con la cacerola bien caliente. Luego, se retira la carne del fuego y se la coloca en un recipiente. Se pone a cocinar la cebolla, el ajo y los morrones. Agregar también las hojas de laurel.

Cuando están cocidas las verduras, se le incorpora la carne ya sellada y se le va dando vuelta despacito. Esta cocción lleva 2 horas. Cuando la carne está lista, se le echa un vaso de vino tinto (es muy importante este ingrediente para el sabor). Finalmente, se agrega el tomate.

La receta es sencilla pero lleva su tiempo. Es un sabroso estofado para acompañar pastas. ¡Riquísimo!

Dato interesante: después del plato de pastas con estofado, se recomienda un cafecito bien caliente con Fernet, ¡para asentar la comida!
¡Buen provecho!

